

J. FRANCISCO FABIÁN

*Historias de La Alquitara
y del 12 & 23*



Alquitara Ediciones

Béjar

2020

[1]

ÍNDICE

Sábado (sabadete), una y cuarto	5
Luto en el 12 & 23 por el Atlético de Madrid	10
Los Rolling en La Alquitara	14
Cita secreta en Béjar	20
El trepa punto com	26
Santos, el nacionalista bejarano	30
Santos, el nacionalista bejarano:	
avanzando hacia la construcción nacional bejarana	35
Venancio Gómez, alias Venan	42
Por Ava	46
El vahído de Javi P. en la procesión del Corpus Christi	54
Otra apoteosis (la segunda) en el 12 & 23	61
La Alquitara. Año 2041 después de Jesucristo	67
Javi P. y el funcionario	74
En La Alquitara. Para no contarle	80
A Jesús Caldera le llueven de pronto los amigos	88
Conato de escarnio en La Alquitara (y fin)	95

SÁBADO, SABADETE, UNA Y CUARTO

SABES LO QUE TE DIGO, JAVI?

—A ver, qué me dices.

—Que desde que ha ganado el PP por mayoría absoluta me siento más tranquilo, más relajado, como si me hubiera liberado de algo.

—¡Venga ya! No me lo creo. ¿Cómo vas a estar tú así por haber ganado la mayoría absoluta el PP?

—Que sí... Ponme otra caña... Mira a ver si tiene por ahí tu hermano Miguel un cigarrito, hombre... Estoy dejando de fumar, pero...

Javi le acerca un paquete de Winston abierto y un mechero. Pablo saca uno con animosidad y lo enciende. (La primera chupada en estos casos es emotiva.)

—Pues sí, Javi, desde que ha ganado el PP me siento mejor, tengo como más tiempo libre, me voy de campo a Sangusín y se me hace el tiempo más largo. Fíjate, hasta parece que un partido normal de sábado en la tele, un Betis-Rayo Vallecano, pongamos por caso, que no me interesa mucho, hasta un partido de esos me despierta una emoción que antes ni de coña.

—Te estás poniendo enfermo, Pablo, tío.

—¡Qué va! Estoy más sano. Si estoy dejando de fumar. Antes fumaba paquete y medio diario y ahora ando por los dos o tres cigarros al día... Me he comprado unas pesas y todo... Todavía me compro un *walkman* y me voy por las tardes a hacer *futin* a los Pinos.

—Que te fiche el Béjar, coño.

—No, en serio, me siento mejor desde que han ganado por mayoría absoluta... Ponme una croqueta de huevo de esas que tienes ahí, tienen buena pinta.

—Pero a ver, acláramelo, que es que no me lo puedo creer.

—Mira, yo antes andaba todo el día, perdona la palabra, *encabronao*. Que si porque le estaban echando en cara lo de la corrupción al PSOE, fíjate, ellos, los que más pasta manejan, los que andan todo el día entre eso, eh, o lo del GAL, que tiene *cojopiros*, también que dijeran lo que dijeron de eso. Que si porque la gente se lo tragaba todo, como si fuéramos tontos. Eso me ponía malo, pero malo. Se me revolvían las tripas por lo del propio PSOE, con la putada que le hicieron al Borrell, que era la esperanza de volver a salir adelante. ¡Los suyos mismos!, porque no fueron otros más que los suyos y todo porque les importaba más seguirse quedando ahí, aunque fuera apoltronaos, ¡¡gastaos!!, antes que concedernos a la mayoría la cosa de la esperanza y la posibilidad de que nos entrara un poco de oxígeno en el aire, porque el aire se vicia con el tiempo, Javi, y hay que renovarlo, hay que abrir las ventanas para que se vaya el olor a pies. Y luego lo de IU, que son los que dicen las cosas como son, no como se deben decir, no como cuela más, que es como las dicen el PP y el PSOE, con maquillaje, como digo yo. ¡Para metérnoslas mejor!, porque como somos tontos, pues a ver. Te dan las cosas arregladitas, maquilladitas y vamos nosotros, que somos tontos, pero tontos, que vamos a lo nuestro y a nada más, y ¡hala!, nos lo tragamos y ji, ji, ji, ja, ja, ja, *p'alante*. Aunque eso que le han dejado hacer al de los colores en la cara, a ese Madrazo del País Vasco, ha terminado por jorobar las cosas. ¡Hombre, por Dios! Ese tipo que tiene cara, cuando da las ruedas de prensa, de estar perdido de golpe en el desierto de Arizona..., ahí, jugueteando con esos chalaos de los terroristas y con esos otros mamones, que es lo que son, unos mamones y

unos merluzos, con más fantasía que la madre que los parió, esos los nacionalistas del PNV que piensan que a los vascos los ha traído la cigüeña mientras que a los demás nos han parido con dolor. Y ese Arzallus, qué me dices de ese, que cada vez que le veo y le oigo hablar se me pone en la cabeza la misma sensación que en la barriga cuando me he puesto hasta las orejas con un cocido de la Luisi y me está haciendo la digestión.... ¡Cagüen diez!

Antes andaba yo todo el día de mala uva, viendo el telediario, leyendo el periódico, ¡para ponerme peor!, *mosqueao* escuchando a los tertulianos esos de la radio, que parece que están para enseñarnos algo pero que lo que buscan es darle la vuelta a las cosas haciéndose los diferentes y los listos. Eso es lo que son: unos listos, pero por aquí, listos por aquí, mírame, Javi, por aquí.

—¿Y ahora ya nada? No me lo puedo creer.

—Nada....Ponme otra caña y dame otro cigarrito de esos, anda, que me estoy animando.

—¿Y no lees el periódico, ni oyes la radio? Venga, Pablo...

—Lo que te digo, Javi. Ponme otra croqueta de esas. Están buenas. Ahora compro el periódico los sábados y los domingos. Nada más. Pero nada más. El sábado por lo del suplemento cultural, para enterarme un poco de los libros y tal y para ver algo de cómo se presenta la jornada de fútbol del fin de semana. Y el domingo por lo de la revista y tal. El resto de la semana nada, me das un periódico y salgo corriendo. Me pones una tertulia y cambio a Cadena Dial, me hablas de política y te salto yo con los problemas del Madrid o del Albacete. Así, con dos narices, qué te parece, eh. Me meto pronto en la cama y me leo las poesías completas de Jorge Manrique, el *National Geographic* ese o algún libro sobre los faraones o los sumerios, que me gustan mucho. O de la Rosa Montero, que lo explica

todo de miedo. Y luego duermo que no veas. Y me levanto como nuevo. Y hasta de lo demás... ya me entiendes... pues hasta también mejor, te lo juro, porque la mala uva influye. Tú ahora eres muy joven, pero verás cuando vayas mayor como yo. Te cuidas la mala leche y te conviertes en un toro.

—¿Y todo eso desde que ha ganado el PP por mayoría absoluta?

—Sí, señor. Desde ese momento. Bueno, la cosa ya venía de antes, eh. Venía fraguándome poco a poco. Pero con el palo que han dado y con todo lo que va a llevar consigo, para ellos, para nosotros, para los partidos que hay, para los que andaban ahí mamoneando sin enterarse de nada o pensando solo en lo suyo... con todo eso, yo me he borrado temporalmente de la cosa. ¡Estoy de baja por enfermedad política, y a tomar por saco! Oye, Javi, créeme, como unas vacaciones mentales.

Ni pienso votar ni nada en un tiempo. Como si no fuera la cosa conmigo, como si me hubieran expulsado del paraíso. Yo, mi fútbol, mis lecturas, mis paseítos a la Peña de la Cruz y a los Picos de Valdesangil con la Luisi —nos hemos comprado un chándal cada uno y una zapatillitas— y luego mis vinitos aquí y donde Chema. Y que no me hablen de otra cosa. De *tranqui*, como decís vosotros. Y, mientras, que algunos reflexionen, sobre todo lo que nos han dado por saco, y que la gente toque fondo y se deje de creer eso de que las ideologías ya no existen y que el centro es lo básico o eso que dijo el Aznar hace poco de que ya no hay clases sociales. ¿Que no hay clases sociales? Si le cojo le doy una patada en el culo que le avío. ¿No te fastidia? Que no hay clases sociales ya, habrase visto, el tío. Vamos, que el día menos pensado me encuentras en el campo de golf de la Moraleja diciéndole a Botín: «Lo siento, Emilio, has vuelto a perder», o invitándole aquí mismo a una Fanta a las Koplowitz, cada una de un brazo... ¡Hombre! Nada, Javi, cuando tengan algo que decir, algo concreto, con personalidad, algo en lo que se vea que hay un poco más de sinceridad,

de sinceridad-sinceridad, entonces ya veremos. Pero hasta tanto nada, de baja. Prefiero el fútbol. Oye, te cabreas un sábado porque pierde el tuyo, pero tienes al sábado siguiente para ver qué pasa. Como es una cosa así, de poca profundidad, pues no te joroba mucho, le echas la culpa al entrenador, a uno que ha fallado más de la cuenta, al árbitro... en fin. Pero no pasa mucho, a la mañana siguiente te levantas como si nada. Que se vive mejor así, Javi, que te lo digo yo, aunque uno no viva así por comodidad, sino por conveniencia y por obligación. Yo ya con estos la palmo, porque tienen para rato. Allá vosotros.

—Pues tienes razón. Tómate otra, invito yo... ¿Y te pongo otra croqueta?

—Venga, otra croqueta.

Eduardo Izcaray, apuraba en la penúltima página de *El País* la escueta columna de Haro Tecglen y un vermú, sentado en el rincón de la puerta del almacén. Levantó sus ojos penetrantes y fotografió para sí a Pablo y a Javi invitándose a la última croqueta antes de comer...

LUTO EN EL 12 & 23 POR EL ATLÉTICO DE MADRID

CARMEN, LA SEÑORA DE CHEMA DIU, resultó ser —también— del Atlético de Madrid. Vaya por Dios. Repito: vaya por Dios. Me parece bien, pero vaya por Dios. Un bar sin debate futbolístico de base, sin que uno sea de un equipo y el otro de otro, es un bar con una regencia monótona, aburrida más bien. Sí, así. Porque, vamos a ver, si uno es del Barça y otro del Madrid, como estos andan siempre picados, cuando va uno mejor que el otro, el seguidor del Madrid, pongamos por caso, muestra una alegría socarrona, silba con malvado disimulo, pretende hacerle ver al otro que la vida es bella, en fin, todo por jorobar. Pero hay debate en el seno de esa convivencia, sea marital o profesional, o las dos cosas, como es el caso de Chema Diu y su señora. En estos casos que digo y que defiendo, con la polémica y el debate interno, con esa bronca vehemente, pero poco profunda, viene luego —cuando se dan las bases para ello— la reconciliación y esta es siempre apasionante, a veces salen chispas. Es la cosa del amor y sus adherencias. Nos entendemos.

Un bar en el que los dos camareros son del mismo equipo, como, repito, es el caso de Chema Diu y su señora, la situación induce, tiene un punto de monotonía, y la monotonía, como es bien sabido, es el cáncer de la convivencia, del amor. (Que se anden con cuidado.) Por ejemplo, en La Alquitara Javi Paso es del Barça y Miguel del Athletic de Bilbao (vaya por Dios también) y cuando juegan el uno contra el otro no se hablan en todo el fin de semana y si hay humillación en el resultado, hasta el sábado siguiente nada. Una vez tiene motivo cada uno y si empatan, pues los dos,

porque estos equipos andan siempre un tanto necesitados y los empates no les sirven casi de nada. Eso es la vida. La vida dentro de la barra de un bar tiene que ser esto, tiene que tener esa chispa, hombre, si no...

El caso es que Chema Diu y Carmen, su señora, son del Atlético de Madrid. Han nacido así, han sido siempre así, les une eso, en fin, allá cada uno. Nadie es perfecto. Qué pasa. En realidad, poca gente sabía lo de Carmen hasta que se la vio perder de día en día a medida que la Liga iba aproximándose al final y no se veía la cosa mejorar, sino al contrario. Es verdad que no disminuyó su buen hacer en la cosa de las revolconas, del bacalao frito en tiras y de las patatas de la abuela, para eso era muy profesional. Podía estar hundida, todo lo hundida que fuera, pero cuando se ponía delante de la sartén daba el cien por cien. Pero con aquella situación, cada día más cuesta abajo del final de la Liga, a medida que se avecinaba el fin de semana, el sábado por la mañana, básicamente, si insistías en su estado de seriedad, terminaba por decirte que estaba mal con el mundo, con el mundo entero. Y Chema se la quedaba mirando a ver si ponía a su frase una nota a pie de página donde aclarara que sí, que con el mundo entero, excepto con él. Pero no. ¡Estaba mal con el mundo entero!, ¡con todo el mundo!, no se salvaba ni Dios. Punto.

La tenía el Atlético destrozada por dentro. Y como el marido estaba tres cuartos de lo mismo, pues eso, que era una casa sin consuelo, un círculo vicioso. Todo tristeza. En La Alquitara, como digo, no pasaba así. Javi lo pagaba con Miguel y Miguel con Javi y por lo menos había descarga.

La situación fue que con la desgracia del descenso a Segunda División el 12 & 23 se convirtió en un velatorio y, también, en un santuario de la solidaridad. Un día y al otro y al siguiente también, era un ir y venir de gente, unos a dar el pésame y otros, que ya lo habían dado, más que

nada a acompañarles, a no dejarles solos en aquellos momentos. Algunos hasta les llevaban botes de melocotón o de piña en almíbar, como si les hubieran operado de algo. La gente se portó, la verdad es que se portó. En estos casos es cuando se demuestra lo que nos quieren, aunque, también, siempre hay algunos que van más por oler o con alguna intención un poco inconfesable. Por ejemplo, José Antonio Paso no fue con buenas intenciones a darle el pésame. No. Y un amigo muy importante de este, que no viene al caso decir el nombre, tampoco. Casi diría que este último menos que nadie. Del Madrid tenía que ser. Eso sí, se ponían serios, les preguntaban que qué tal, que cómo se iba pasando el mal trago, que resignación, que se lo tomaran como un gaje de la vida, que en el fondo esta, la vida, es una porquería teñida de rosa... en fin, esas cosas que se dicen.

Pero no se lo decían todo lo sinceramente que lo hacían otros. Es como cuando se muere una persona a la que odias en silencio y vas al entierro y estás allí sin perder detalle mientras que el enterrador tapa el hoyo hasta arriba con la tierra y lo aprieta bien. Vas al entierro, estás allí, pero es para asegurarte de que el fulano en cuestión va a quedar en el agujero bien *recadadito*, que ya no te va a volver a dar por saco en la vida, que él se va y tú te quedas, en fin, que le den. Bueno, pues seguro que eso es lo que a algunos les llevaba por el 12 & 23, más que los sentimientos de solidaridad que aquella familia necesitaba en momentos tan amargos. Pero fueron los menos. Chema es una persona apreciada, lo estaba pasando mal y la gente iba por estar con él y, de paso, tomarse unos verdejos o unas cañas o, por la noche, un brebaje de esos que prepara con ron y con ramitas de menta. Se lo merecía.

Pero Chema ha vivido mucho detrás de la barra de todo tipo de garitos y lo que le hubiera faltado por vivir, la graduación, la obtuvo

cuando era pinchadiscos en Vetonia y en la discoteca del Colón, cuando muchos no habíamos ni nacido todavía. De modo que sabía latín, ¡y álgebra!, parapetado detrás de la barra del bar. Menudo es. Y desconfiaba, desconfiaba de lo que he dicho antes, de que, sí, la gente va por solidaridad cuando lo estás pasando mal, pero no, también hay un punto de malicia, sobre todo cuando eres de otro equipo. Así que tomó una decisión en la trastienda del bar y se la comunicó a Carmen, su señora. La venía meditando unos días atrás. «Carmen —le dijo— desde hoy los verdejos suben un duro y las cañas diez pesetas. Y el mojito cuarenta y la yerbabuena aparte, ya veré lo que le pongo». Le tuvo que dar a Carmen una explicación, claro, si no esta igual le parte la cara allí mismo, aunque estuviera el bar lleno.

—¿Sabes, cariño? —le dijo—, aquí viene mucho mamón más a disfrutar que a acompañarnos en la desgracia. Así que, que lo paguen.

—Sí, mi cielo —le contestó Carmen—, por lo menos que todos los duelos con pan sean buenos.

—Pues, hala, a por ellos. Cuando subamos a Primera, bajamos los precios —sentenció nuestro hombre.

—¡Uy!

LOS ROLLING EN LA ALQUITARA

CUANDO VERDADERAMENTE APARECÍA el lado salvaje de Javi Paso era preparando los martinis en copa cónica con palillo y aceituna. En eso no tenía rival. Ni Chema Diu, que tenía más experiencia, se le podía igualar. Primero se cuadraba con discreción poniéndose perpendicular al eje inverso de la copa. Si se le habían caído las gafas hasta la punta de la nariz, se las subía de un solo toque y, cuando estaba dispuesto, pinchada ya la aceituna con el palillo, la dejaba caer en el martini, girándose sobre sí antes de que llegara al fondo, es decir sin verla culminar. Pero el privilegio de ver aquel espectáculo era solo para ocasiones excepcionales.

En la mañana de Navidad apareció en la zona de anuncios de la puerta de La Alquitara un escueto cartel escrito a ordenador con impresora vieja que decía: «Los Rolling en La Alquitara. Martes, 28 de diciembre (Día de los Inocentes.) A las 12 de la noche. *Unplugged*». Poca gente preguntó a lo largo de la semana. También es verdad que hizo mal tiempo y se salió poco de casa, guardándose el personal para la Nochevieja.

Se supo luego que a Miguel Paso le habían intentado convencer desde el Ayuntamiento para que declinara la invitación de los Rolling de actuar en La Alquitara y trajera en su lugar, subvencionado por la Diputación, a Bertín Osborne. Bertín Osborne más Niña Pastori, le ofrecieron después, y viendo que seguía emperrado, fueron más lejos: Bertín Osborne más Locomía más Norma Duval, ¡más la mitad de los Sabandeños! Todos los que votan al PP y los de Coalición Canaria que les

ayudaban para la cosa de las mayorías. «Con estos tiembla el misterio, Miguel, te lo digo yo», le había dicho el mismo alcalde al teléfono en un último intento de evitar que Sus Satánicas Majestades pisaran en su ciudad. Pero Miguel Paso dijo no y no.

Y fue que no. Alquiló un monovolumen familiar y dos C-15 para el equipo de sonido y se plantó con Chema Diu y Rafa Morán, como embajadores, a buscarlos a Barajas.

Cuando José Antonio Paso supo que, milagrosamente, los Rolling, desde New York, se habían ofrecido —¡¡se habían ofrecido ellos!!— a venir a La Alquitara, cuando se lo terminó que creer, lo primero que hizo fue ponerse a régimen estricto para bajar barriga y poder saltar hasta el techo bailando el *Satisfesision*.

Los Rolling llegaron con un nevazo infernal. Por Villatoro estaba la cosa tan mal tan mal que tuvieron que bajarse a empujar la furgoneta. Hay que decir que como Rolling son muy buenos en lo suyo, pero empujando furgonetas, los cuatro juntos hacían por uno. Si no es por la negra de los coros y por Chema Diu, si no se quedan allí. En Béjar había menos nieve que en Villatoro, pero cuarta y media sí habría. Keith Richards se cayó dos veces camino de la pensión, que —por voluntad propia, porque querían algo discreto— les habían buscado en la Calle Mansilla. Pero no se hizo nada. Lo malo es que en la caída se apoyó en Charlie Watts, este desequilibró a Jagger, que abrazado a Chema Diu rodaron por los suelos calle abajo, hasta donde estaba La Esfera antes, más o menos. Menos mal que no había mucha gente por la calle que si no, menuda imagen: los Rolling a resbalones y rodando por los suelos sin remedio. Si pilla la escena un fotógrafo de New York y la ven en todo el mundo, se prepara una buena. El que estuvo astuto fue Rafa Morán, que se ofreció el primero

a agarrar a la negra —«Déjeme que la agarre, señora, que si no se va usted a matar»—, él siempre muy *gentleman*, ¡ qué jodío!

A las doce de la noche, un martes, con un nevazo de muerte, con los de la Escuela de vacaciones y a tres días de la Nochevieja, le vendieran lo que le vendieran a la juventud de Béjar, siendo el Día de los Inocentes como era, no iban a salir de casa de marcha, y más, si como creían, lo de los Rolling en La Alquitara era una bromita de Miguel. ¡Ja!

Desde luego para la Historia quedará la actuación de los Rolling en La Alquitara, porque será así, pero más todavía quedará para la Historia la llegada al bar, resbalándose montados en un plástico de colchón Pikolín, desde el cruce del Bar Volante hasta la puerta de La Alquitara, dónde le esperaba la afición haciendo barricada para pararlos. Qué emoción. Ron Wood se salió del colchón y se puso una culera de cuidado en los pantalones color hueso, parecía que se había hecho caca. Con ese culín que tiene. Hay cosas que pasan una vez en toda, pero en toda la vida, y el que lo vive siente por un momento como que ya se puede morir. Así fue aquella llegada y lo que vino después.

«¿Estamos todos? —preguntó Miguel subido a la barra—. ¡Siiiiiiií! —atronó el bar—. Entonces... ¡Javi, atranca la puerta! Mick, ¡vamos con el *amplaget!* Barra libre, ¡sálvese quien pueda!».

No seríamos más de treinta, contando a los Rolling, que eran los cuatro, Darryl Jones al bajo y la negra para los coros. Nadie más. Sin mesas, sin sillas, sin nada, con toda la barra llena de botellas para servirse a discreción y aquel arranque con el *Satisfesision*, más de uno se pudo haber quedado tieso de la emoción. Pero como todos creían estar en un sueño —también los Rolling— no pasó nada a nadie. El problema fue a la mañana siguiente, cuando la noche más noche era ya el pasado y había sido

verdad todo. Pero a esa hora, con el *Satisfesision* todavía quedaba muchísimo.

A punto estuvieron José Antonio Paso y uno de sus mejores amigos de liarse a tortas en pleno concierto por querer hacer los coros y los arrumacos de rigor, con la negra, en el *Miss You*. Prueba evidente de que la amistad en casos extremos es, también, algo efímero. De nada sirvió que José Antonio arguyera que él tenía más derecho que nadie porque había ganado o quedado segundo, o las dos cosas, en aquellos festivales de la canción que se celebraban a finales de los setenta en el Cine Béjar. No coló. Miguel Paso, viendo que iba a haber bofetadas, terció con sabiduría y le ofreció hacer los coros a Chema Diu subido en una tajuela, porque la negra, que se llama Lisa Fisher, andaba por los dos metros o dos y pico con tacones y, para ir bien la cosa, Chema le tenía que llegar, por lo menos, adecuadamente al culo.

Emocionante como nada fue cuando anunció Mick Jagger que la siguiente —*Like A Rolling Stone*— se la dedicaban todos los presentes a Pepe Muñoz por toda la vida que se deja currándose lo que luego nos viene bien disfrutar a los demás. Casi le hacen llorar al muchacho. Necesitó dos orujos seguidos y otro a medias de una cosecha especial traída de Pinedas para salir de aquel nudo en la garganta.

Aquella noche, a Carmen, la señora de Chema Diu, le cantó directamente el *Angie* Mick Jagger y, a Chema, que venía de lo de los coros con la negra, no le pareció nada mal, aunque a partir de entonces se anduvo con ojo. Luis, el médico, subió a cascabelera a Ron Wood y le paseó por todo el bar, mientras sonaba a reventar el *Brown Sugar*. Fue apoteósico, lástima que no calcularan que estaban las aspas del ventilador y tuvieran que interrumpir unos momentos la actuación para que Luis le diera dos puntos de nada al Rolling en la coronilla. Javi Fuentes, que había venido de

Santander con la noticia filtrada, acompañó en el escenario el *Let's Spend The Night Together* raspando en una botella de anís con un tenedor. Eduardo Izcaray y la negra cantaron a dúo el *Jumpin' Jack Flash* con una jarra de calimocho algo trucado y Charlie Watts bailó la *Macarena* de coña con Pipe Comendador. Échale. Pipe empeñado en hacerle una poesía a Charlie. ¡Estaba Pipe ya como para hacer églogas! Pero quizá lo más mundial fue cuando Carlos Castaño, ya casi en el fin de fiesta, proclamó la república subido en la barra del bar abrazado a Keith Richards, esgrimiendo este un 103 con hielo, que era a lo que estaba toda la noche. Para que luego digan que el 103 es malo, con lo que sabe este pollo de beber.

Ni a las seis de la mañana se le veía el fin a aquello. Y, mientras, Béjar durmiendo apaciblemente con la cosa del relax de la nevada. Eloy, el abogado fotógrafo, que se había levantado temprano para ir a hacer unas tomas por la ciudad desierta, oyó música, tocó a la puerta y le abrieron. La contraseña era beberse de golpe dos cazallas. Eloy, que estaba recién levantado, la pasó con un poco de ahogo. De ahí en adelante se le encalló la garganta para los restos. Si le ve su señora se le cae el pelo.

A las seis y veinticinco en punto de la mañana, Javi Paso preparó en un *camping-gas* un chocolate con churros y unas sopas de ajo que tembló el misterio. Es lo que tiene el ser famoso, ganas mucho dinero, crees que disfrutas de todo lo más sofisticado, pero te puedes estar perdiendo lo mejor, entre el camuflaje que tiene lo sencillo. Eso mismo pensaba Keith Richards, ¡y lo dijo! Él, que no había comido una sopa caliente como aquella desde antes de que se encontraran él y Jagger en la famosa estación de Londres. Eso sí, Javi la tenía que haber puesto a enfriar antes de servirla, porque el pobre Ron Wood se me abrasó la boca con el ansia y luego decía

que no sentía la lengua. ¡A saber desde cuando no la sentía, no te jode! Por lo demás, chocolate y sopa, exquisitos. Fue la consagración de Javi.

Serían las doce de la mañana cuando cogió toda la vasca en Salamanca un ferrobús para Madrid-Barajas. Un vagón para ellos solos, los treinta y pocos. Seguían pagando Miguel y Chema Diu. El revisor, muy educado, reconoció a Darryl Jones, atrancó el vagón y dijo: «¡Allá películas!», pensando que lo mismo cuando le volviera a abrir estaba toda aquella tropa patas arriba.

En Barajas hicieron carreras con los carricoches de las maletas, unos montados y otros empujando. Un número. Si no hubiera sido porque se dejaron caer dos veces a Ron Wood, y en la segunda, el hombre, ya se hizo daño en la pelvis, hubiera resultado el mejor colofón. Por si el golpe contra el mostrador de la Lufthansa había sido serio, Luis, el médico, decidió sujetarle la cadera hasta New York con una faja pantalón color carne de la talla menor. Y luego allí que se lo miraran bien por si tenía algo. Como esta gente viste tan raro, no llamó demasiado la atención.

Al día siguiente en Béjar hubo algún comentario, pero poca cosa. Algunos preguntaron a Javi Paso y este, el muy socarrón, lo negó como cuando lo de San Pedro. El día de Nochevieja, a las tantas, cuando se encontraron en los mismos escenarios los mismos personajes, un poquito cargaditos ya, se saludaron ofreciéndose un trago de lo que llevaran en la mano y para sus adentros pensaron: «A lo mejor no fue verdad». Como Javi lo seguía negando... ¡pues a ver!

CITA SECRETA EN BÉJAR

EN LA NOCHE DE LA CITA SECRETA, un sábado, en Béjar el verano ya se había consolidado con plenitud como estación, aunque los moteros, con su ruido infernal, no habían estado todavía por allí. Pero vendrían pronto. Las terrazas de los bares del centro a tope, la gente en los balcones al fresco y la calle Gerona y la Libertad como una feria: ese ambiente de distensión que a finales de julio habita en el aire de Béjar.

Demasiada gente en la calle Gerona y en la Libertad. Demasiado ruido. Mucho para dormir dentro de una casa en esa zona. Legiones de jovencitos en pandillas de un lado para otro, vestimentas, peinados y olores de sábado, veraneantes con conciencia de rompedores, el del coche a toda máquina (ventanilla bajada y un pum-pum-pum atronador queriendo hacer creer que es el primer coche con radiocasete de la Historia y ¡que lo tiene él, nada más que él!, o uno de los pocos. Un muchachito rompiendo un vaso contra el suelo convencido del impacto arrollador de su acción para la masa. Dos jovencitas con caras de estar buscando o espiando de bar en bar a alguien. Grupos bebiendo y mirando apostados a la puerta de bares. Besos que parecen interminables con el umbral de una puerta como asiento. Gente joven para arriba y para abajo incesantemente. Un adolescente con vocación de veinteañero queriendo echar lo que le sobra en una esquina —¡el pobre!—, creyéndose morir por momentos al lado de un amigo solidario. Bocanadas de música, como eructos monstruosos, que salen de algún garito y que no dejarán dormir al vecindario en muchos portales a la redonda (pobre gente esta). Y pequeños grupos con vocaciones más

tranquilas que visitan el fenómeno desde fuera, lo transitan de pasada y se quedan, después, con lo más tranquilo. Así.

Marta y Joaquín se habían conocido veinte años atrás en el Galerías Preciados de Callao. Rebasaban por poco la veintena. Transcurría la mitad de los años setenta, Franco estaba a punto de palmar, aunque ellos por entonces eran indiferentes a eso. El parque de la Montaña, el de la Fuente del Berro, una pensión en Duque de Medinaceli, el piso de un compañero en la Elipa y minutos, o más bien segundos, inolvidables y secretos en un arriesgado ascensor del trabajo, fueron bagaje de presente y de futuro para toda la vida. Era mucho, porque jamás olvidaron aquel tiempo, aquel ambiente y lo que, sin concretar demasiado, llegaron a sentir hasta que ella tuvo que irse a vivir a Barcelona, donde la cosa de la distancia y de la juventud les separó. Pero fueron tan inteligentes que entendieron la distancia y se dedicaron con tesón a no olvidarse del todo, resurgiendo el uno o el otro con el tiempo, cuando menos lo esperaban. Pasaban cinco, seis o siete años sin saber nada el uno del otro y una mañana, de repente, pareciendo un *riiinnng* telefónico habitual, volvían a hablarse o a escribirse y sus vidas cobraban por horas y hasta por días, el sabor de la alternativa medio imposible, inmersa en el mundo de la poesía y cercana al del sueño. En uno de aquellos espacios de distancia, pronto Joaquín conoció a Rosa y Marta a Damián en Barcelona y se olvidaron por un tiempo, y cuando hablaron de nuevo ya eran hasta padres de familia los dos. «Ha pasado el tiempo, eh!», se dijeron y desde ese momento no supieron bien qué hacer, desconcertados y temerosos sin saber con exactitud de qué. Cuidaron las frases lejanamente insinuantes, se mostraron dulces, tuvieron miedo y dedicaron la conversación a descifrar las posibilidades en las frases del otro, eludiendo citar a sus parejas, como si las quisieran mantener al margen de aquella otra realidad o poesía, o picor en el alma, o como se

llamara aquello. Hasta que un día supieron que el destino juguetón les había casado con sendos bejaranos, que veraneaban allí en las mismas fechas, que cenaban los sábados casi en los mismos sitios y que, después de la cena, tomaban las copas en La Alquitara y el 12 & 23. Pero el caso era que no se habían visto nunca, e incluso tal vez hasta coincidieron, sin reconocerse. Aquella sugerente noticia les hizo imaginar la ficción de haber estado a cuatro metros alguna vez y no haberse dado cuenta de nada. Un juego perfecto para la imaginación.

Julio, el mes de julio siguiente, tardó en llegar desde el septiembre anterior que supieron lo de su coincidencia. Pero llegó, y un poco más lentamente, su segunda quincena. De la emoción Joaquín volvió a fumar, después de casi un año de abstinencia. Se llamaron en mayo y ya no más. Los dos sábados finales de Julio en La Alquitara o en el 12 & 23. De la una de la noche en adelante. El primero falló, no pudo ser. A pesar del empeño de ambos por salir aquella noche, las circunstancias familiares no lo hicieron posible a los dos a la vez. La fiebre de la niña pequeña en Marta y el empeño del suegro por invitarles a cenar con indigestión incluida y paso por Urgencias de la suegra, frustraron la cita. Pero el lunes y después se buscaron por los supermercados, por el parque, por el Bar Sol a la hora de los vinos, por Llano Alto y El Castañar a las nueve y por la Fuente del Lobo cualquier atardecer, por si habían ido allí de merienda. Nada.

Chema Diu los conocía de vista, sabía que eran veraneantes, conocía de toda la vida a sus familias políticas. Incluso, por decirlo todo, había sido medio novio de la mujer de Joaquín cuando ponía discos en la discoteca del Colón. A lo mejor por eso ella nunca dejaba de aparecer por allí cuando venían en el verano, o a lo mejor no, eso solo lo sabía Rosa y nadie más.

A la una y cuarto llegó Joaquín con sus cuñados, con unos amigos y con José Antonio Paso, al que le habían puesto la capa los capistas ese día

por sus valores bejaranos, aunque fuera verano e hiciera calor. Hasta que no se colocó de espaldas en el rincón del servicio, Joaquín no paró. Primero se encargó de forzar la partida de una pareja que estaban allí y que terminaban ya su copa. Y luego, fingiéndose cansado, dijo que tenía que apoyarse en el rincón o se caía. Mentira. Era para controlar la entrada. Aquellos cigarros de Winston le sabían a gloria desde el momento en que esperaba en el rincón. Se bebió el primer *gin-tonic* sin enterarse y culpó a su mujer de habérselo bebido poco a poco por no pedirse ella uno. Cada vez que se abría la puerta le daba un latigazo el corazón y no le daba más despacio ante la costumbre de equivocarse que empezó a repetirse. Si hubiera sido un poco más paciente habría disfrutado de aquellos minutos nerviosos que tenían el encanto de la espera. Pero no podía serlo y a medida que pasaban —¡despacio!— los minutos, menos aún. Chema Diu entraba y salía de la cocina del bar haciendo pócimas para los clientes sabios. José Antonio Paso se había cortado el pelo para lo de la capa y estaba mejor que con aquellos rizos del pasado. Había el ambientillo de siempre en el 12 & 23 en el verano que le hace acogedor y particular.

Estaba pidiendo Joaquín que le pusieran un poco más de hielo a la segunda copa, cuando el corazón casi se le para. Lo dicho, del golpe que le dio en el pecho, casi se le para. Hay gente que ha muerto de cosas así, no es broma. Entró un tipo con perilla y una chica treintona con minifalda, con ellos Luis Rodríguez y Fabián con sus señoras y, al cabo, un muchacho alto y moreno como de cuarenta y, luego, Marta. Como si ella hubiera sabido de antemano donde estaba Joaquín, la primera mirada fue clavada al extremo donde estaba él. (La verdad es que previamente, antes de entrar había visto que no estaba en el rincón del ventanal y solo le quedaba ese lado.) También pudo ser telepatía, a veces pasa. José Antonio Paso se acercó a

ellos para hablar con Fabián y con Luis. Por un momento pareció que iban a juntarse los dos grupos. ¡Ay, Dios! Pero no.

Ella estaba igual o hasta mejor, le pareció a él. Él un poco cambiado, aunque sin mucha barriga ni calvo. Sería el pelo más corto, las arrugas definiendo la zona del bigote o, acaso, los errores en las fotografías del recuerdo después de veintidós años. Daba igual, era él, inconfundiblemente era él. Y ella, también era ella, no cabía ninguna duda. Pudo fumar Joaquín unos seis cigarros en aquella hora larga que duraron las copas en el bar de Chema, mirándose con disimulo y sin él, ya que nadie sabía nada. Ella, como no dejó nunca de fumar, fumó con más mesura. Aquellas noches de niebla en el parque de la Montaña, tapadas las manos y los suspiros por los abrigos, las comidas en la cama del piso que les prestaba un amigo de la Elipa en Semana Santa y Navidad, la complicidad en las escaleras mecánicas de Galerías Preciados sin que se enterara el encargado de planta... en fin.

Ni un enfado, ni celos, ni nada, como de película, pero real. Si no hubieran sido seres humanos, habrían disfrutado de aquello como se merece cualquier honda melancolía, pero fueron seres humanos, y a la vez que regurgitaban sus recuerdos, tantas cosas, tan intensas, tan depuradas, tan idealizadas, cada uno por su cuenta y a la vez, digo, sufrieron creyendo que, sin haberles ido mal, con el otro tal vez les hubiera ido aún mejor. (Quién sabe. O peor. A saber.)

Aquella noche, a las tres y media, cuando en la cama a Marta se le acercó Damián suavemente por detrás, en la frescura del ambiente del chalet de Navacarros, ella le dijo acomodando la voz a su mentira: «Estoy muy cansada, Damián». Y no hubo más.

A todo esto ni Chema Diu, ni Leo, ni el primo de Chema Diu que estaba tomando una cerveza, ni Luis Rodríguez que es médico y algo

podría saber, ni José Antonio Paso, que le habían puesto la capa, ni Fabián, ni Juanjo Estévez y su señora, ni Manolo Rivas y su novia, ni nadie, se enteraron de nada. Pero fue importante. Así es la vida. A veces solo se enteran dos. Y vale. Para qué más. (Pues eso.)

EL TREPA PUNTO COM

JAVI PASO NO ES QUE TUVIERA mucho mundo pero sabía distinguir a la gente como si lo tuviera. Nunca había ido al Giro, ni al Tour en las expediciones de su hermano Miguel con el Fune a poner pintadas a Cubino, a Blanco o a Heras, pero controlaba la cosa de la psicología como un argentino. En dos miradas, con escrutar apenas dos gestos, ya tenía un buen avance del personaje. Luego era todo cosa de sumar detalles, de enriquecer la cosa. Aquella noche el personaje llegó en un momento de esos misteriosos en los que casi se vacían los bares, para volver de nuevo al poco tiempo a rebosar de personal y a vaciarse otra vez...Así que Javi lo tuvo más fácil. Tuvo tiempo hasta para escucharle lo que decía mientras le ponía una ginebra Gordon's con algo. Por cierto que tenía que ser Gordon's la ginebra, parecía que si no la hubiera habido, por un casual aquella noche, Javi, Miguel, La Alquitarra o el que fuera responsable de la falta habrían merecido una paliza, el exilio, una multa, un expediente o el destierro. En serio, parecía, daba esa sensación, por la cara que puso cuando Javi dudó, aunque dudó porque no había entendido bien la marca que le había dicho, hablándole, como le hablaba, sin quitarse un muñón ridículo de puro entre los labios.

La suerte hizo, en fin, que Javi Paso aquella noche tuviera delante a un trepa o cosa parecida. Parecerá una bobada, pero estas experiencias pueden ser también una suerte, porque se aprende, se conoce mundo y tal. Viene bien para saber de la vida. Como también importa ir alguna vez al zoológico a ver los animales que se ven en los documentales de La 2

después de comer. Javi le tuvo delante, habló un poco con él, le mareó incluso —el trepa a Javi, claro— pidiéndole de todo: que si un poco más de hielo, que si moverlo desde el fondo con cuidado de no quitarle mucho gas, que si un Ballantine's con un poco de agua para uno que había llegado tarde, una lata de frutos secos... en fin, encima de lo demás, un pesado. Pero eso no era lo que le definía. Qué va. Lo de un poco pesado era adicional, circunstancial, era la inercia de sentirse un poco importante, porque creía que siendo amable y servicial, pero desde una cierta distancia en vertical con la gente que departía, quedaba como majo, como a respetar, como humano, siendo, como era, un dios relativo, muy relativo, o mejor: un santo de tercera división, un beato por canonizar, una autodivinidad en noche de relax proveniente del cielo, de Madrid mismamente. Qué cosas.

Javi Paso no supo nunca que aquel encorbatado en Semana Santa, Viernes Santo-noche para más señas, era un trepa. Pero se lo dijo Eloy Díaz, el abogado Eloy, que había salido de copas esa noche. (Estaba de boda, *cuidao*.) Eloy le conocía, sabía mucho de él. Y también Juanjo Estévez, el abogado Juanjo Estévez, aunque Juanjo esa noche no había salido. Si por un casual hubieran coincidido allí y le hubieran visto juntos, habrían tomado una copa animadamente comentando anécdotas curiosas de aquel tipo, de la evolución humana y política de cómo son algunos personajes, de lo que buscan y cómo lo buscan, en fin, de estos detalles que componen la cosa de la gente y del vivir. La conversación les hubiera dado para tres o cuatro copas sin aburrir a sus respectivas señoras y amigos, recordando las anécdotas a aquel saltimbanqui de la política cuando ya en la remota Transición, en la misma Facultad de Derecho donde se iniciaban Juanjo Estévez y Eloy, allá por los 77-78, se apuntaba sin reservas a todo lo que parecía más *in*, por ejemplo al PC de entonces o al PSOE, aunque con la lógica imprevisión medio juvenil de quien no calcula lo que sería en

realidad el futuro más productivo. La verdad es que el trepa era un tipo denso, con sustancia, más allá de su barriguilla de chupón en comidas más o menos oficiales, donde además de comer se le viera, fuera servicial y lograra ascender algún milímetro en la escalada a su particular Aconcagua. Qué tío. (Qué asco.)

No es exactamente que la gente de corbata en noche de copas cante en La Alquitara. No. Pero este tipo irradiaba algo que se le asociaba con la corbata. Como que cantaba de alguna manera un poco... no sé cómo decirlo. Porque se sabía de antemano que no estaba de boda, ni le habían disfrazado unos amigos del PP porque se casara —de segundas en todo caso— y estuvieran en noche de despedida de solteros. No, no. Se sabía, se veía, que aquello era de verdad, que aquel tío se había vestido así porque era así y porque quería que se le notara, porque —el pobre— creía que le iban a reconocer en Béjar, donde había estado unas cuatro veces en toda su vida, las que vino cuando tuvo un carguillo en la Junta y le mandaban a solucionar marrones con el Ayuntamiento socialista, de los que luego contaba en Valladolid que los había puesto firmes a todos. Aún recordaría alguna personalidad bejarana afín como le oyó decir en un aparte cuando ya se despedía: «Y tenedme a raya a ese Caldera, eh, pero a raya o vengo yo por aquí». Aquella presencia suya en La Alquitara, con aquella pinta, con sus gemelos y demás, era como para dar a entender a quien no le conociera, que, por lo menos, sería un tipo importante, de los que no están pegados al lado del botón rojo, pero están dos despachos más allá, o tres como mucho. Y, tal vez, se preguntarían para sí mismos, le preguntarían al de al lado, a Javi, a Miguel o le mandarían un recado a Chema Diu para que, por favor, les sacaran de la duda sobre quien podría ser aquel tío.

En fin, una pena, pero allí estaba, se había dejado caer por La Alquitara con unos amigos, confundido porque creía que el día que salían

los hombres de musgo era el día de Jueves Santo y de paso para felicitar a los colegas del PP por las mayorías que obtenían desde que él no había vuelto por aquí, estando como estaba en la sala de espera de algo, allá por Madrid.

Nuestro hombre era un todoterreno. No había suelo que se le resistiera, él siempre iba hacia delante, hacia la luz, hacia su luz, llevándose por delante lo que hiciera falta. Su meta era conseguir ser alguien, algo, ascender, subir, llegar, tener, mandar o, mejor dicho, ordenar. Incluso había querido mandar firmemente sobre el dueño de una casa de coches usados de importación, donde su cuñado le tenía apalabrado un Audi, porque era el coche de la gente del PP en Madrid y en las capitales. Había querido mandarle incluso a aquel vendedor de coches de Leganés, con más kilómetros él mismo que el coche que le iba a vender, y le había soltado con aplomo castizo y una mirada de arriba a abajo: «¿A que se queda *usté* sin el coche, tío listo?», a lo que nuestro hombre, que no era del todo tonto, entendió que más valía con la diplomacia, porque era una ganga y para un Audi nuevo no le daba la cosa, hasta que —¡quisiera Dios!— el Aznar o alguien le nombrara algo de peso.

Javi se acercó desde la barra con diplomacia y disimulo a una tal Casti que estaba en el rincón del teléfono. «¿Tú no estabas buscando el tema para una tesis doctoral?». Casti, que había terminado sociología y se estaba pensando lo que hacer, asintió con la cabeza. «Pues ahí tienes materia». Qué *jodío* Javi, las cazaba al vuelo.

SANTOS, EL NACIONALISTA BEJARANO

LA PRIMERA VEZ QUE SE LE VIO por La Alquitara, a Javi Paso ya le dio que pensar, aunque no dijo nada. Javi a veces tenía impresiones personales que no le fallaban, por lo menos solo se acordaba de las que acertaba, como todos. El caso es que aquel cincuentón poco rodado en ello se quedó dormido en un rincón una noche de viernes que tocaban Ñaco Goñi y Los Bluescavidas. No podía ser normal una cosa así, por eso Javi pensó que algo raro había en aquel tipo, por lo demás normalito, porque lo del mechón de barba debajo del labio ya lo había visto a dos o tres de la Escuela de Ingenieros y, sobre todo, cuando venían los moteros en verano (y le ponían de los nervios, aunque no lo hiciera notar, como buen profesional). El caso es que se quedó dormido como un cesto, el tío. Entre los pocos que se fijaron hubo división de opiniones: el 75 % pensaron que estaba borracho; el 20 % que debía estar muy cansado, el pobre señor; el 4'5 % le miró y pasó de él, considerando que él se lo perdía. Y uno, uno solo, una persona de sobra conocida en Béjar, que no voy a decir quién es, pensó, rotundamente, que a aquel tipo lo que le pasaba era que era tonto. Y sabía lo que decía, porque es médico, no voy a decir más. Y la música siguió. Lo que nadie sabía aquella noche en La Alquitara es que el tipo en cuestión había ido sin más a tantear. Se quedó dormido pero había ido a tantear. Señal de que no le interesaba el espectáculo. Tiene que haber gente para todo. Allá cada cual.

Chema Diu, le había tenido delante de las narices en el 12 & 23 una semana antes. Había sido simpático con él, le había preparado un mojito

muy profesional, con su yerbabuena y tal y le había mirado por el rabillo del ojo unas nueve o diez veces. Chema no es psicólogo de título, pero como camarero con muchos kilómetros también le había notado algo, sabía que aquel tipo no estaba simplemente de copas. Aunque tampoco estaría planeando un atentado o un atraco, así que no había que preocuparse. Era más como cosa de cabeza, como de algo intelectual. Estas cosas, a poco que uno se fije, se notan. En fin, no le hizo mucho caso. Los camareros ven a mucha gente y no es cuestión de que piensen a fondo de todos y menos si son hombres.

Lo voy a decir claro y rápido, sin más introducciones: aquel hombre era un nacionalista-separatista. Sí, señor, un eso. Bueno, si hubiera sido un separatista vasco, catalán, gallego, corso, eritreo o checheno, pues vale, al fin y al cabo es lo normal, pero era un separatista bejarano, por lo tanto no se puede escribir ni decir igual, hay que decirlo: un se-pa-ra-tis-ta. Eso, un se-pa-ra-tis-ta. Y no estaba loco. Cuidado. Los separatistas no están locos, se llama de otra manera más vulgar, pero locos, lo que se dice locos, por lo menos todos no lo están. Este estaba cuerdo, se llamaba Santos y había nacido en la calle del Pino, un poco más abajo de la curva de la calle Colón. Por reseñar algo de su vida se puede decir que tenía estudios de bachillerato, que había trabajado en la banca, en una empresa productora de helados, en exportación de automóviles usados, con un excuñado en especulaciones urbanísticas en la costa asturiana, en exportaciones a los países del Este para una empresa de Mendoza, antiguo presidente del Real Madrid, y de representante de luminosos por toda Guipúzcoa; quizá de allí concretamente le viniera algo de la cosa. Pero siempre trabajos de guante blanco, nada de salirle callos en las manos. Casado y descasado, aunque eso da igual, con labia, lector empedernido de temas de Historia poco rigurosa y en plena crisis de los cincuenta, se preocupaba por parecer más

joven, cosa que conseguía con un tinte en el pelo demasiado tirando a rojizo para mi gusto. Y, también, por el mechón de barba debajo del labio. Un tipo a estudiar, aunque se dejaba muy poco.

A lo nuestro, a lo que merece que se escriba sobre él. Santos era un separatista, un separatista bejarano, quería la independencia de la comarca de Béjar y lo tenía todo pensado, pero a base de bien pensado. Vaya. Vuelvo a repetir que no era un loco. Este tío no era un loco, estaría equivocado, daría la risa su idea, pero su razonamiento era lógico o por lo menos iba con los tiempos. O a lo mejor estaba completamente gilipollas y yo estoy siendo benévolo con su patología, yo qué sé, pero a mí me parece que si un médico le examinaba, no le hubiera encontrado peor que a un coleccionista de sellos, a un forofo del Madrid, del Barça, del Atlético o del Celta de Vigo, a un taurino a tope, a un poeta, a un arqueólogo o a un astrónomo empeñado en encontrar agujeros negros en el espacio, con todos los que hay... (me callo).

La segunda vez que volvió por La Alquitara fue un sábado y resultó un poco de risa, no para todos, pero sí para la mayoría. Son cosas que le pueden pasar a cualquiera, al fin y al cabo. Tuvo la mala suerte de quedarse encerrado en el váter de hombres. Avisaron a Miguel Paso al oír el insistente aporreo interior de la puerta, este mandó a Javi y Javi le sacó. Debía ser una noche aciaga de esas que todos tenemos de vez en cuando, porque la cisterna se había estropeado, Santos había cogido frío sentado por la tarde en las matas de la Centena y se le había aflojado un tanto el vientre. Total, que el pobre Javi al abrirle tuvo que respirar aquella atmósfera con él. Pero como no era suya la tal atmósfera, pues eso, que solo acertó a decir: «¡Joooder!». Le salió del alma y no anduvo ni preguntando más. El Santos salió como si tal cosa, buscó el rincón del teléfono, pidió una cerveza negra y siguió observando. Así cuatro o cinco sábados. No tenía

prisa. Estaba estudiando la situación. De La Alquitara al 12 & 23, un paseo y a casa.

Santos sabía que no lo conocería, que si Béjar llegaba alguna vez a la independencia, él no lo conocería. Sabía que estas cosas se hacen poco a poco, avanzando centímetro a centímetro, con altibajos, con críticas, con oposición, con imaginación; en fin, que cuestan, que son procesos de construcción. Pero no le importaba mucho esto, lo tenía asumido. Sabía que, de avanzar, él sería como Sabino Arana en su Euskadi: el ideólogo, el precursor, el primero que se decidió a canalizar por escrito las cavilaciones de un sector de sus paisanos, al que le harían la ofrenda floral cada veinticinco años, la referencia obligada cuando se hablara de la construcción nacional bejarana, el descubridor de las raíces, el que reinterpretó la Historia y la puso en su sitio, el padre del invento, el mito, la leyenda, al que le honrarían en los homenajes comiendo como plato único un calderillo virtuoso. Todo eso. Sabía que su misión no era otra que la de iniciar la construcción del Estado bejarano partiendo de bases tan elementales como tener una sierra inigualable con su telesilla y todo, los mejores paños del mundo, una historia heroica de resistencia y reconquista al moro, y con ello, quién sabe, hasta su pureza racial. Y cocina autóctona, el calderillo, ¡por Dios!, y un escultor único y un filósofo y un río con un nombre como no lo tiene nadie. Lengua, lo que se dice una lengua propia, no había para fardar, aunque era cuestión de ir recopilando cosillas, porque esas cosas dan mucho juego. Detallitos como el RH diferente, en principio no, pero ya se mirarían, todo era cosa de esperar, de avanzar, de construir el Estado sobre unas bases que él creía formadas lejanamente en aquellos años en los que él asistía al fútbol en Mario Emilio y *la ciudad de Béjar saludaba al pueblo de Salamanca*. Santos, el de la calle del Pino, se creía llamado a construir el Estado bejarano y estaba buscando la forma de

iniciar el invento y la mano de obra. Le habían dicho que por La Alquitara y por el 12 & 23 iba gente en las noches de marcha como más tranquila, como más leída y buscaba en esa gente la posibilidad de ser su electorado y crear la base. Lo estaba estudiando, pero tenía más frentes, estaba de contactos. Quién sabe si a Alejo Riñones y Ramón Hernández pronto les iba a doler la cabeza por culpa de Santos. Que estas cosas calan mucho en la gente. Que puede que no calen las... más elementales, pero estas ponen chalado al personal y se lanza la gente a la calle y pide la independencia y a tomar por saco. Y si no se la dan, se compran unas metralletas y te convencen pero ya, o por lo menos te callas que eso también cuenta.

El caso es que Santos lo tenía muy claro, clarísimo, y se veía llamado a poner las bases de un nacionalismo bejarano. Al fin y al cabo, con ello, tenía el mismo derecho a hacer el imbécil que otros. A ver si no.

**SANTOS, EL NACIONALISTA BEJARANO:
AVANZANDO EN LA CONSTRUCCIÓN
NACIONAL BEJARANA**

DE TANTO IR POR LA ALQUITARA, Santos terminó por hacerse, primero, cara conocida de la casa y, luego, un personaje familiar para Miguel. Bien. Un poco menos con Javi Paso, que no le perdonaba de ninguna manera que se hubiera quedado dormido la noche que le conoció, cuando tocaba Ñaco Goñi y Los Bluescavidas. Iba por allí algún día entre semana, se tomaba una cerveza y, si no había mucha gente, terminaba hablando con Miguel de jazz, de la sierra o de las aventuras de Miguel y el Fune cuando van a ponerles pintadas de apoyo a los ciclistas bejaranos al Tour y al Giro. Le encantaban a Santos esas historias y lo que Miguel no sabía era que cuando llegaba a casa las escribía para que no se perdieran. Al fin y al cabo eran Historia de Béjar y, de Béjar Santos no podía perderse como quien nada. Todo según sus planteamientos podía ser aprovechable.

Le había dicho a Miguel que se dedicaba a representar teléfonos móviles y a otras cosillas por el estilo, como la compra de antigüedades para venderlas a extranjeros en la Costa del Sol. También le había dicho que pensaba asentarse definitivamente en Béjar, porque no le iba nada mal en los negocios. «Aquí se vive bien. Esto es el paraíso y no sabemos valorarlo», decía. De una de aquellas conversaciones y tras una noche de lecturas poéticas de las que organizaba Pipe Comendador, salió una idea con un cierto futuro. Santos le dijo a Miguel que una lista de bejaranos

emigrantes tenía localizados por todo el mundo, algunos de los cuales habían vivido cosas curiosas e interesantes que merecían saberse. Santos era un nacionalista en la fase de hacer la construcción nacional bejarana y en este estadio tan interesante siempre —en este sin vivir de la imaginación— es bueno echar mano de cualquier cosa, porque, entre otras razones, es la etapa más delicada del camino al cénit. Si no construyes bien, la cosa se cae. Eso Santos lo tenía muy claro. O sea, que lo de la lista de los bejaranos por el mundo iba en esa línea.

Y es que coleccionaba todo lo que tenía que ver con Béjar, fuera lo que fuera, su amor, su pasión llegaba a la idolatría. De modo que quedaron en ver la lista y en comentarla cualquiera de aquellas noches en que no hubiera mucho jaleo en La Alquitara, un martes, por ejemplo. Además de todo, Santos era un seductor, un sutil seductor, quizá por eso o como consecuencia de eso es por lo que se dedicaba a la representación y a la venta de cosas. Está claro.

Con puntualidad Santos estuvo allí la noche acordada con un montón de fichas en hojas impresas de ordenador e incluso con algunas fotos. Pasaron un buen rato. Hasta Javi se animó y para sus adentros le perdonó lo de la noche de Ñaco Goñi. Daba sensación de seriedad, de orden, de cordura, de mucho argumento para todo. Como todos los nacionalistas.

Lo tenía bien estudiado. Era listo el Santos este. Una semana después se presentó en el bar con una carpeta transparente y dos o tres folios dentro de ella escritos con toda pulcritud. Tenía un plan: si a Miguel le parecía bien, podían organizar allí noches divertidas en torno a la conversación, en tono de entrevista, de algunos de aquellos personajes dispersos por el mundo y que contaran sus experiencias en otras culturas y, sobre todo, curiosidades que fueran capaces de despertar el morbo, la risa o lo que

fuera. A Miguel no le pareció mal, aunque había que perfilar los flecos. De casi todo se encargaría Santos, ese era el trato, y Chema Diu sería socio de la operación. La cosa era que aprovecharían la cercanía de los personajes para que costara menos y, si se ponía a tiro, pedirían una subvención a la Junta, suponiendo que para estas cosas la hubiera, o a la Coca-Cola. El final de todo sería una publicación en la que quedarían plasmadas las gestas por el mundo de aquellos bejaranos y con ello la posibilidad de que quedara la huella, que era de lo que se trataba. Hablarían con Pipe Comendador para esto.

Santos fue el presentador de las sesiones, quería que se le viera, buscaba popularidad para lo suyo, aunque todavía lo suyo, que era la construcción del nacionalismo bejarano, debía esperar caminando a base de pasos lentos, pero firmes.

El primero que vino fue un socio melenudo y arrugado, cincuentón, con pinta de tener muchos kilómetros. Venía los veranos desde Barcelona a ver a su madre, que vivía sola en una casita de la calle Mayor. Por lo visto aquel tipo estaba entre la basca que había participado en la grabación del concierto *Rock and Roll Circus* con los Rolling de protagonistas, acompañados por el Lennon, los Who, Jethro Tull y tal. Era uno de los del poncho que se veían en el vídeo, de los que se movían de lado a lado a ritmo de la música. Miguel lo puso en la tele, detuvo y acercó la imagen y, efectivamente, era él sentado al lado de una rubia. Enrollado con el burbon que le ponía Javi, animó la noche con un montón de anécdotas divertidas y dejó en el aire, con su voz ronca y algo cazallera, que tuvo y tenía buena amistad con Marianne Faithfull. Chema Diu casi lloró.

Para el segundo quiso el Santos y su promotores que hubiera contraste. Trajeron a un jubilado que consumía sus días en una residencia de Benidorm con una pensión que le pasaban desde Rusia y desde

Alemania del Este. Nada menos. Al pobre le había llevado de una oreja a la División Azul su suegro después de que dejara embarazada a su hija, tras un infortunado encontronazo sexual, único, subiendo a la novena del Castañar. Sin duda la intención de aquel suegro tendero en la calle Mayor no era otra que la de hacerle la eutanasia de aquella manera sutil y heroica y dejarle el campo libre a uno muy feo de Badajoz que tenía una dehesa con cochinos, aunque fuera medio bobo. Aniano, que así se llamaba nuestro héroe, se olió la tostada y en Rusia desertó. Después, con el tiempo, decía que había sido íntimo de Carrillo y de la Pasionaria, con la que decía, ¡atención!, que había tocado pelo. Lo primero vale, puede ser, pero lo segundo se lo hubiera yo querido oír delante de Dolores. Le funde la cara de un sopapo. Pues buena debía ser enfadada esa buena señora. Mentira o verdad, la historia y el contar de Aniano eran tan amenos que se pasaron dos horas sin querer.

Un puntazo fue la noche que vinieron una señora gorda y su hijo de New York. Ella nacida en Béjar y él engendrado aquí. Precisamente por las circunstancias en la concepción de aquel angelito cincuentón, que no iban con las reglas, es por lo que aquella mujer tuvo que marcharse, rodar por el mundo un poco y asentar caderas, buenas caderas, en New York. Allí había llegado a ser la responsable de los váteres femeninos en un conocido teatro de Broadway que no diré para no hacer publicidad. Había conocido a todo dios allí, vestida con aquel delantal blanco de puntillitas, con el que se presentó en La Alquitara para que todo fuera más auténtico. Guardaba un montón de reliquias que los famosos le habían dejado y se sabía cotilleos a miles. Uno de los que más hicieron reír al auditorio fue el de Liz Taylor. Por lo visto la Taylor, cuando salía de noche, iba siempre con faja pantalón para ir más sujeta y abrigadita. No había noche que la Piedad, nuestra mujer, no la viera salir del váter colocándose la faja con cierta

desesperación, de un lado y de otro, como si no le quedara bien o como si no la dominara en aquellas soñadas caderas. La Piedad, sentada a la entrada del váter femenino, había visto de estas mil y las contó con una gracia que cautivó al auditorio, como una del Warren Beatty que no me atrevo a contarla aquí. El tío guarro. Un buen punto también era su hijo, el Paco, que se había quedado soltero vaya usted a saber por qué o por quién. El Paco era nada más y nada menos que el que le preparaba las barbacoas a Andy Warhol. Siempre que el Warhol quería que le hicieran una barbacoa, fuera de solomillo, de costilla de cerdo o de sardinas, allí tenía que estar el Paco. Y si se encontraba a la otra punta del planeta, el Paco tenía que ir. Y, claro, el Paco se sentía un tío importante y por eso se había dejado coleta a sus cincuenta y tantos y les miraba a todos un poco así. Y no lo dijo allí pero estaba deseando volver a New York, porque España le parecía poco. El muy capullo, y vivía en el Bronx. En La Alquitara no contó mucho, la verdad. El Paco era de esos tipos que por haber sido el preferido para prepararle las barbacoas a Andy Warhol se creía algo. Hombre, un poco más que muchos sí que era. Pero también es verdad que en casos así ser sencillo es la mejor cualidad. Juntos en el mismo lote, la madre y el hijo pasaron por La Alquitara dejando un buen recuerdo, sobre todo porque la Piedad, como estaba ya jubilada, no se cortó un pelo y contó cada cosa de cuidado.

Un viernes noche trajeron a un tipo alto y hierático nacido en la calle del Pino que no tenía residencia fija en el mundo. Fue la sesión menos divertida pero la más trascendente. Por resumir: José María, que así se llamaba, había comprobado científicamente que en la fuente del Lobo y poco más abajo había ninfas. Como suena: ninfas. Y lo contaba como quien cuenta que ha estado en el Mediterráneo. Con diapositivas y todo, aunque en ellas no se veía a esas dulces señoritas de la mitología. José María

llevaba media vida contando su experiencia y sus teorías por el mundo, pero no por los programas de TV de la sobremesa, sino por las universidades. Y por lo visto mucha gente le creía, es que había posibilidades de que fuera verdad. Más de uno salió esa noche de La Alquitara pensando que sí, que cuesta creer estas cosas, pero que mira que si era verdad. (Yo sé al menos de dos que al día siguiente fueron por allí con que a pasear y tal, y de paso a ver si era verdad y pillaban.)

Hubo muchos más, pero no hay espacio aquí para comentarlos todos. El final. La cosa empezó a ir mal cuando, sin contar demasiado con sus promotores, Santos trajo en un mismo *pack* a uno que había sido monaguillo con Arzallus, en su etapa de cura, y a una enfermera que había estado en la consulta del urólogo que le revisaba la próstata a Jordi Pujol. Santos tenía que haber estado aquí más inteligente. Porque bien estaba que el auditorio conociera las manías del Arzallus antes de salir a decir misa, las peroratas que le echaba al pobre monaguillo por ser de Béjar, como si eso fuera para aquel muchacho un defecto o los pedos que descerrajaba el buen señor en la sacristía después de la misa, como si se los hubiera estado aguantando todo el rato y sin tener en consideración que el monaguillo estaba delante. Claro, como era un maqueto, daba igual. Si hubiera sido un vasco de cuatro apellidos con pedigrí, seguro que había tenido mayor consideración y se hubiera ido a tirar los pedos a casa o a campo abierto. Verdad o mentira, cara de tirarse esos pedos sí tenía ese buen señor. Después de todo, lo de Arzallus podía pasar, pero que aquella señora, la enfermera, viniera solo para contar cómo era la próstata de Jordi Pujol, parecía una cosa de humor negro. La gente la silbó y con razón. Y Miguel Paso y Chema Diu sintieron un poco de vergüenza, porque ellos de alguna manera lo habían consentido. Y le dijeron a Santos que si no tenía nada mejor, que por el momento ya estaba bien, que con lo de la próstata del

Pujol daban por terminadas aquellas sesiones y tocaban madera para que se metieran en algún lío legal, porque ni era de recibo, ni era ético, ni creían que le interesara a la gente normal ni nada, la postura del Jordi Pujol mientras le miraban la próstata, ni la cara de congoja que ponía mientras tanto, ni el ritmo al andar posterior a la inspección y, ni mucho menos, el color de los gayumbos que llevaba. Ni por esto la tal enfermera era un personaje que mereciera la pena admirar, ni tenía demasiada gracia conocer los entresijos de las próstatas de nadie. Así que con aquello se terminó la cosa. Tan amigos con Santos, pero fin.

Santos, que era un tío listo o que por lo menos se montaba unas películas como si lo fuera, entendió que sí, que se había pasado. Pero para sus adentros creyó que también le había demostrado al público leído de La Alquitara y del 12 & 23 que los bejaranos triunfan en el mundo y triunfan porque son bejaranos, no porque triunfen sin más. Y si triunfan porque son bejaranos, es que eso es mucho y si es mucho hay que potenciarlo y nada mejor para potenciarlo que construir la nacionalidad y con ello la ansiada independencia, con la que por fin Béjar dejaría de ser oprimida por Salamanca, por Castilla y León y por España, como lo es para muchos vascos por Madrid. En fin, cada uno con lo suyo.

VENANCIO GÓMEZ, ALIAS VENAN

VENANCIO GÓMEZ, ALIAS VENAN, y también Lenin, tenía una espina clavada desde hacía veintitantos años: la semana en que murió Franco estaba más para el otro mundo que en este con una hepatitis de cuidado y no pudo celebrar con champán, con mucho champán, costara lo que costara, la muerte de Franco. Esto, en un tipo como el Venan dolía, porque él era un hombre concienciado, políticamente concienciado desde muy pequeño. Y algo serio. También era limpio como él solo, y le gustaba la soledad y bañarse en las aguas heladas del Canalizo con un amigo del Rascacielos y el cante y no creía en Dios y había tenido una amante sin que se enterara su señora, una vez nada más y para dos días con sus dos veces. (Una finlandesa rubiaca y grande, con la que no cruzó ni una palabra en español y sobre la que de por vida se seguiría preguntando qué diría, qué sería aquello que decía en su idioma mientras andaban en el asunto, en el apartamento de ella, con una vista preciosa al castillo donde estuvo el papa Luna. Ni siquiera habían podido decirse nada entendible el uno al otro fumándose, con aquella vista de fondo, el cigarro de después. Eso, en las cosas del amor, aunque no haya en rigor amor, resultan cuando menos un corte. Fue en Peñíscola, cuando estuvo extendiendo yeso a destajo para una contrata en una barriada de apartamentos.)

Lector empedernido, tierno y eficaz, Venancio había mamado la política desde pequeño. Porque a su abuelo lo mataron unos falangistas en el 36, por lo visto a mala leche, y eso a su padre no se le había olvidado nunca y, como no se le había olvidado nunca a su padre, lo recordaba con

frecuencia en casa o cuando se sentaban a descasar después de regar en una huerta que tenían por Picozos. Y, claro, cuando se oye una cosa mucho en casa, una de dos: o se le coge asco y se vuelve uno lo contrario, o se asimila para hacerse militante. El Lenin lo asimiló, pero no por asimilarlo sin más, no, había llegado a la conclusión de que lo del 31 al 36 con la República había sido la mejor oportunidad para evolucionar hacia lo bueno que se había dado en toda la Historia de España. Y eso que no lo conoció directamente. Se había leído más de la mitad de todo lo publicado sobre la II República y cuanto más leía, más enamorado estaba de aquel ambiente que tuvo que haber en los años treinta y más soñaba deseando haber estado metido en aquellas intensas emociones para la gente sencilla como él. Con una base empírica paterna bien marcada, unas buenas pocas lecturas, diez o doce influencias, un puñado de cabales y esenciales reflexiones y un trabajo de escayolista de por vida, al Venan le bastaba para ver a Fraga por la tele y ponerse malo. Pero malo.

Chema Diu cuando le veía aparecer por el 12 & 23 ya no le preguntaba: una Mahou y los sábados a la una un vermú rojo con unas patatas revolconas. Él lo agradecía porque implicaba confianza. En La Alquitara lo mismo, aunque si era Javi Paso el que estaba detrás de la barra, no lograba acordarse de unas veces para otras. Miguel Paso en cambio sí, y, además, compraba expresamente para él *El Viejo Topo* y se lo guardaba en el cuarto de las botellas bien guardado, para que le diera de sí sábado a sábado durante un mes, hasta que saliera el siguiente.

Suene mal o no, es la palabra: Venancio Gómez, alias el Lenin, era un encabronado social, algo que sabía que le pasaba a más gente y se tenían que aguantar como él, porque el mundo no evolucionaba para sus ideas, sino para todo lo contrario. (Vaya por Dios.) A pesar de ello en casa se le disipaban los sapos y culebras y si se ponía a tiro, se disfrazaba con los

trajes viejos de su señora para hacer reír a las dos hijas o le pedían el karaoke a la vecina y rompía la pana con el *Bienvenidos* de Miguel Ríos o *Un velero llamado Libertad* del Perales. Venancio, si cuadraba y le daba por ahí, sin beber nada ni nada, podía desmontar en media hora los pilares de nuestra sociedad occidental con esencias básicas tales que más valía reírle que tomarle en serio, porque de tomar en serio la esencia de lo que decía era para coger la escopeta y echarse al monte, por decirlo de una manera gráfica. Ya no se calentaba como de joven, cuando creía en la posibilidad de cambiar de golpe las cosas o tenía la esperanza de que las cosas caerían por sí solas, como cae la fruta madura, siendo entonces el momento de cambiarlas de golpe. Ahora se lo tomaba con filosofía, como se suele decir, y aceptaba su derrota, quedándole para los adentros una espesa manchita negra, como de pez o así, en un lateral del alma o por ahí, que le impedía sonreír de oreja a oreja. Cosa lógica.

Los sábados por la mañana eran su día, tenían para él un valor incalculable, intrínseco, siempre intrínseco. Se levantaba, iba a las nueve con su señora del brazo a la plaza del mercado, compraban y, a eso de las once y media, iba al 12 & 23. A esa hora podía coger el sitio del rincón, sentarse en desnivel y leerse lo que hubiera por allí. Que no era ya por leer, sino por aquella tranquilidad de ser sábado, de estar relajado, de ver pasar a la gente para arriba y para abajo y, también, por enterarse de cosas, de novedades. Si estaba nevando, desde aquel rincón estratégico percibía la belleza de una manera muy personal, nunca compartida. Y entonces solo miraba sin parar por la ventana. Política ya no leía, porque la política de cada día en el periódico le parecía, sencilla y rotundamente, como política amarilla, política del corazón, cuento, hipocresía, intereses. Él iba a la estructura de las cosas y esto no se publicaba, que él supiera, en ningún diario. Luego, la ronda le llevaba a La Alquitara. Antes o después allí

coincidía con otros parroquianos fijos como Eduardo Izcaray y los Segade, padre e hijo, tomándose unos riberas. Después llegaría el resto de la gente, pero de momento estos cuatro eran fijos. Se saludaban al verse, se miraban a ver cómo iba cada cual, pero no hablaban entre sí. Y si algún sábado faltaba uno, con discreción le preguntaban a Javi o a Miguel: «Coño, qué raro, ¿cómo es que no ha venido fulano?».

Un día Pipe Comendador pasó por allí con un pequeño taco de libritos de poemas. Propiamente no se conocían. Le vio con *El Viejo Topo* y se acercó a su mesa y a su lectura. «¿Te gusta la poesía?», le preguntó. «Trae, majo, que esto, cuando lo entiendes un poco, es lo que más merece la pena».

POR AVA

AVER SI ME ENGORDAS, que sigues igual de flaco»— le dijo a Javi Paso tendiéndole la mano con el brazo doblado para chocar los cinco.

— «Y tú a ver si te casas» —le respondió Javi saludándole con rapidez porque llevaba en la otra mano un plato cargado de croquetas.

Una media hora antes le había dicho a Chema Diu en el 12 & 23: «Te noto más alto, Chema»; y Chema le había respondido en pleno saludo: «Sin ir más lejos esta semana voy ya por los diez centímetros».

Dejadas las croquetas a sus dueños, Javi fue a saludarle con efusividad. Julián volvía con la primavera temprana, como en las frases de las historias bonitas. Venía, ahora también, con la Nochebuena y todos los agostos, alargando la cosa hasta la Virgen. Así cada año desde el Ampurdán para pasar unos días al lado de su hermana Remedios, solterona como él y obstinada como él en no abandonar su casa definitivamente, aunque fuera a costa de vivir, sola ella, en una casita antigua pero cómoda en Barrioneila y él en la pensión de Cadaqués, donde había residido más de media vida y de donde no se marcharía ya pasara lo que pasara. La confianza que le daban Fina y Mila, las dueñas, solteronas también, era razón suficiente como para no intentar nuevas aventuras tan allá ya en su vida. Aunque le hubieran tocado los quince millones que le tocaron en la lotería de Navidad. En realidad doce, porque tres fueron para quitar todo lo viejo de la casa de su hermana, ponerle una calefacción en condiciones y arreglarse los dos la dentadura.

Javi Paso y Chema Diu le apreciaban. Y no digamos Miguel Paso, que abría una botella de tinto Pesquera especialmente para él a precio de coste. Siempre, como si estuvieran coordinados, pero sin estarlo, le ponían un vino de más en señal de bienvenida con buen rollo. Javi le ponía una croqueta de más diciéndole: «Anda, toma otra, para que estés más fuerte por si te casas pronto». «Serás mamón», le respondía.

La verdad es que nunca se conoce todo lo que se guarda en las mejores habitaciones del alma individual. Nunca. Pero nunca, aunque se vaya al psicoanalista. Si pudiéramos acceder de forma libre a quien quisiéramos, como se navega por el internet ese, nos llevaríamos muchas sorpresas. Y con Julián alguna sorpresa podía ser de quedarse tieso, con su apariencia de hombre de sesenta y cinco años, alto, más bien delgado con algo de barriguilla, pelo blanco, tez sonrosada y pose de camarero de restaurante de cuatro estrellas, lo que había sido casi toda su vida. Un tipo normal después de todo.

Julián nació en Béjar un febrero primaveral seis años antes de la guerra. En Barrioneila. Y se marchó de Béjar para siempre al poco de venir del servicio militar. Un teórico catalán, nostálgico de su tierra, se lo llevó a una fábrica textil de Manresa porque le veía listo. Pero salieron a mal al poco tiempo y se marchó, rodó un poco por varios sitios y, finalmente, en un hotel de lujo de Cadaqués demostró lo que valía como camarero en el restaurante, que para eso también hay que valer. De allí a la jubilación pasaron muchos años enseguida, como pasa todo entre los treinta y cinco y los sesenta. Era un monstruo de sobriedad y saber estar en el restaurante del hotel y sin necesidad de ser de esos camareros pesados que no te dejan en paz. La gente le quería, preguntaban por él cuando llegaban a comer. Tenía ese halo de atracción que solo tienen algunas personas aunque no sean

bellezas o aunque nada más digan siete palabras. Le sirvió comidas a la gente más famosa. Y sin ponerse nervioso.

Por el rígido sistema de vacaciones de la hostelería, Julián aprendió a amar la primavera temprana, y si era lluviosa, mejor. Una sutileza propia de los temperamentos sensibles e inteligentes. Cada año se las arreglaba para venir por la primera quincena de abril. Su hermana le filtraba por teléfono cómo andaba la primavera temprana en Béjar, fuera cuando trabajaba o después. Él cogía el tren y se venía. Veinte días, cuando no era jubilado. Los otros diez siempre en el valle de Taull en otoño, cuando le informaba el gerente de un balneario que hay allí que ya estaban los colores del otoño a punto. Desde que se jubiló, lo de Taull ascendió a quince días y lo de Béjar a tres temporadas.

Julián no tenía coche, ni carnet. Todo lo más largo lo había hecho en tren. Por eso cuando lo quitaron a Béjar se llevó un buen disgusto. Le gustaba llegar hasta aquí, bajarse en la estación, mirar alrededor unos minutos, respirar y coger un taxi hasta Barrioneila.

Estaba enamorado del Cuerpo de Hombre entre el Tranco del Diablo y Montemayor. Pero enamorado, lo que se dice enamorado. No era cualquier cosa. Naturalmente, en la medida en que la gente se enamora de los sitios, sin el frenesí y la enfermedad con que lo hacemos de las personas. En fin, por lo menos en seis días de los veinte que venía en primavera temprana, un taxi le llevaba hasta el Tranco del Diablo a las ocho de la mañana o antes y, al anochecer, le iba luego a buscar a Montemayor. Con el móvil conectado su hermana se quedaba tranquila. Parecerá una cursilada pero Julián soñaba con estos días todo el año. La primavera temprana era allí el río con buen caudal, con estruendo en muchos sitios, eran los fresnos brotados ya, pero con un verde tímido, y los castaños y los robles queriendo hacerlo. Las campanitas amarillas en los

campos encharcados, el verde adolescente de la hierba que da ganas de probarla y los enormes pedruscos que bordean el valle, con el gris especial del liquen húmedo en el granito y su compañero y vecino el verde del musgo todo esponjoso, como posesivo, para lo que es luego en verano, toda humildad. Y si lloviznaba en todo ese ambiente, mejor, más intenso. Y si tenía que meterse debajo de una roca porque llovía con más intensidad, mejor todavía. Y si se fumaba uno de los dos cigarros que solía llevarse nada más, pues todavía mejor. De todos modos, con la simple caminata ya le daba para sobresaliente. En aquella ocasión en que Rafa Muñoz, el abogado, se peleó sin éxito al lado de unos cuantos porque no construyeran la carretera que al cabo hicieron por esa zona, él le escribió una carta, que Rafa guardaba gratamente, para apoyarle, primero, y para prestarle su pañuelo de lágrimas, después. «¿Tú no conoces ese valle?», le preguntaba a Javi. «Poco, le conozco poco». «Pues a ver si vas, que le tienes ahí al lado, so capullo». De un año para otro no se acordaba y se lo volvía a preguntar. Javi acabó por tener cargo de conciencia de eso y de que le gustaran tan poco las maravillas que tenía tan a mano. (Y con el tiempo cambió. La gente lista siempre acaba rectificando.)

Julián era un hombre más interior que exterior, y aun así parecía por completo un tipo normal. No explicaba las cosas de dentro a nadie, porque pensaba que para qué. A él le parecía que en el paisaje de aquel valle se mezclaba un montón de cosas, que tenía un sitio destacado en su cabeza y sucursales en el corazón: la belleza por sí misma, la Historia por lo de la calzada milenaria que pasó por allí, sus raíces más viejas porque formaba parte de su tierra y de su paisaje, la soledad consentida y melancólica, compañera de su independencia visceral y, al fin, el estar por estar estando tranquilamente feliz de estar allí mismo. En fin, esas cosas que a veces hacen rara a la gente a los ojos de los demás. Pero lo cierto es que la

soledad que buscaba Julián era un sentimiento profundo, de nacimiento. Y una cosa enorme, que era lo bueno. Pero la gente no lo sabía. Por ejemplo, la gente no tenía ni idea de que le fascinaban los establos de ganado que había a lo largo de todo el paseo. Cualquiera hubiera pensado que estaba loco. A quién se le ocurre, los establos del ganado, donde están las vacas... Pues a él le gustaban; mejor dicho: le entusiasmaban. Cada año los miraba desde un sitio distinto. Los tenía fotografiados y los miraba de vez en cuando en el sillón con orejeras de la salita, en la pensión donde había vivido nada menos que treinta años y de donde muy mal se tenía que ver para salir por su propia voluntad. La verdad es que los establos de ganado del valle tenían su cosa. Es difícil saber si es por su sencillez, por lo bien que pegan en cualquier paisaje o por su diferencia con los que se hacen ahora, símbolo de lo que somos hoy: más listos, pero extrañamente más tontos. Lo que pasa es que uno no se fija mucho en estas sutilezas de la vida, va por allí de dominguero y no se fija, porque el dominguero va siempre deprisa y estos sitios son para ir despacio y para ir a menudo. Y para soñar un poco. Pero eso ya es cosa de cada uno.

Si no sabía nadie lo de los establos, menos aún sabían el gran secreto de su vida. (Casi no debía de contarlos.) No se había casado, ni había tenido novia formal nunca, ni se lo había planteado de forma cabal como proyecto. Sin esperarlo específicamente se le fue pasando el arroz con su propio consentimiento. A alguno le dio que sospechar con equivocación. No había nacido con mucha vocación de ello, y con el paso del tiempo menos aún. No es que se negara, es que no lo buscó; y como no lo buscó, tampoco llegó. Y se quedó tan campante. Era su temperamento. Pero había algo, además. En este hombre de aspecto apacible y normal se escondían muchas sorpresas que se perderían con él, como se pierden con tanta gente sin que se sepan nunca. (Quizá por eso me atreva yo a contar una de ellas.

Para que quede.) Vamos allá: por los años cincuenta, un día cayó por Cadaqués Ava Gardner. Caían por allí muchos de esos famosos, bastantes veces *de estrangis*. Nadie se enteraba, tampoco había lo que ahora. Ava llegó con una mujer y con un hombre, era invierno. Por lo visto venían para una semana. Una de las noches prolongaron los tres la cena hasta más de las dos. Julián le dijo a los otros camareros que ya se encargaba él de todo y que se marcharan. Quedó él para servirles la bebida. Llovía con ganas sobre Cadaqués y detrás de los ventanales se estaba a gusto. Julián, al fondo del salón, estaba a lo suyo: leía, sacaba brillo a las copas, ordenaba las botellas, colocaba las cámaras. De vez en cuando uno del trío levantaba la mano para pedir más champán y él se lo llevaba. A eso de las cuatro a Ava Gardner le dio hambre. Quería algo típico español. Julián le dijo lo que había. Por aquel entonces hablaba ya bien el inglés, cosa que le había valido ascender de categoría. Al poco apareció con dos bocadillos de chorizo de Candelario. Habrían comido mucho caviar beluga, pero aquella noche se rindieron ante la chacina; era de primera. Se animaron tanto con el bocadillo que le pidieron a Julián que se sentara con ellos. Pero enseguida la satisfacción de la comida y el champán que había caído hizo mella en los más débiles y los amigos de Ava se fueron a la cama. Solos los dos, Julián comprobó una vez más que la fama no es más que un escaparate y que, en la cercanía, las estrellas de lo que sea son como los demás, también les entran ganas de hacer pis y también les huelen a chorizo los eruptos... en fin. Por eso nunca ante nadie se ponía nervioso, no lo hubiera hecho ni ante un rey. Les amaneció allí hablando de cosas normales. Parecía Julián el famoso y Ava la fascinada. Esas gentes viven en un mundo que les impide ver la maravilla de lo sencillo y cuando rinden su fama de estrellas ante lo normal de la tierra, se comprueba lo efímero de muchas de las componendas de la vida.

Julián libró al día siguiente reivindicando las horas extras de la madrugada. Y durmió hasta las doce. Le despertó Fina, la patrona de la pensión, porque le llamaban del hotel. Ava y sus amigos querían comer con Julián. Accedió y comieron en el puerto en un barucho donde preparaban pescado del día. A la salida Ava le tomó del brazo y ya no se separaron en los tres días siguientes. Da igual explicar cómo se las arreglaron para que él faltara al trabajo sin problemas los tres días. Solo salían por la noche de la habitación y a las tantas, para pasear por la playa debajo de un paraguas, porque seguía lloviendo sin parar en Cadaqués. Ava no le soltaba del brazo y a veces del brazo y de la mano a la vez. Y colocaba la cabeza en el hombro de Julián y le miraba de una manera tan humana que dejaba de ser quien era para convertirse, apenas, como no podía ser menos, en una mujer bellísima por todo. Cuando ella se marchó, Julián acudió al trabajo como si nada. Y no puso cara socarrona cuando le bromearon los compañeros que lograron enterarse. Más pareció, por él, que no hubiera pasado nada de nada. Ni siquiera el director del hotel le arrancó una mínima confidencia. Pero todos le miraron, por eso y todo lo demás que nunca supieron, con admiración.

Julián nunca compró después los muchos libros que se publicaron sobre Ava, ni se afanó en leer los reportajes dominicales sobre ella, en vida ni después de muerta. Solo el día que supo de su muerte pidió diez días de vacaciones y se vino a Béjar. A lo mejor fue coincidencia. De los diez, alternando, cuatro los pasó de excursión entre el Tranco del Diablo y Montemayor. Nadie notó nada especial, nadie supo nada. Jamás salió un comentario suyo o una información mínima sobre lo que sucedió aquellos tres días. Y hubiera tenido mucho que contar, muchísimo, y no solo de lo que se intuye, que a lo mejor era lo de menos. Algunos aspectos en la biografía fácil de la estrella de Hollywood habrían palidecido. Seguro. Por

los dos lados. Y Javi Paso tomándole por un tipo normal. Ya. Vaya guiño al mundo y a todo.

EL VAHÍDO DE JAVI P. EN LA PROCESIÓN DEL CORPUS CHRISTI

A CUALQUIERA LE PUEDE DAR UN VAHÍDO. Seguramente todos los días dan miles de vahídos en el mundo y no pasa más. Te da el vahído, asustas a los que tienes al lado, cae por allí alguien que entiende de vahídos o te llevan al ambulatorio y en pocos minutos de observación te recuperas. Luego los vecinos comentan que por lo visto te ha dado algo pero que no se sabe bien qué ha sido, unos se inclinan por un mal penoso y fulminante que ha hecho su primera manifestación y otros que ha sido una subida o una bajada de lo que sea, de cualquier cosa de esas que provocan vahídos cuando suben o bajan sin que pasen a mayores. Bueno, pues así las cosas a Javi Paso le dio un vahído el día del Corpus Christi. En principio no tendría que tener trascendencia la fecha, pero no fue así. A saber: a Javi Paso nunca le habían dado vahídos. El muy enterado de él creía que eso solo le pasaba a la gente mayor. Pues o no era verdad o se estaba haciendo mayor. No era verdad, vamos a dejarlo así. Él sabía distinguir a la perfección entre lo que es un vahído y lo que le pasaba cada noche que libraba en La Alquitara porque estaba de boda. (No voy a describir más cosas por si lo lee su madre o su hermano mayor y luego le vienen con las típicas monsergas.) El caso es que a Javi Paso le dio un vahído en plena calle Mayor, precisamente, eh, precisamente, la primera vez que había ido a ver la procesión del Corpus.

Hay que decirlo y hay que decirlo: la gente autóctona tarda siempre más que la forastera y la turista en conocer lo suyo y no digamos en

apreciarlo. Javi, como tantos, como yo mismo, había dejado transcurrir su alevinidad, luego su cadetería, más tarde su juvenilidad, después su adolescencia, un poco después su etapa universitaria y ahora que se estaba limpiando los pies en el felpudo de la entrada al porche de la madurez, ahora, es cuando había decidido ir a ver por primera vez una procesión del Corpus. Su madre, que no se la perdía ningún año, comprendió que había culminado con fortuna con este logro la educación del pequeño de la familia. Y aunque contenta por este triunfo, también sintió ese emotivo desfallecimiento del espíritu al que se llega cuando se consume una etapa tan transcendental de la vida humana como es la educación de los vástagos, notándose con ello uno más mayor. No quiso que fuera con ella a la procesión, le bastaba a la mujer con que Javi le hubiera dicho aquella mañana de domingo: «Dame los pantalones de pinzas que voy a ir a la procesión». Le dio un latigazo tal el corazón que si hubiera tenido alto el colesterol, los triglicéridos y las transaminasas ya hubiéramos visto lo que hubiera pasado. Pero Mercedes andaba bien de esos temas.

De modo que la madre de Javi le planchó los pantalones de nuevo para que fuera más guapo, y eso que se los tenía ya con la raya bien derecha de antes. Daba igual, se los planchaba otra vez porque estaba contenta y porque le daba la gana. Es que a la gente, a partir de los sesenta, cuando le da la gana planchar unos pantalones dos veces, haga falta o no, hay que dejarlos. Y no es por nada, es que tiene que ser así, los planchas dos veces o quinientas si se te pone en la punta de la nariz.

La verdad es que desde que habían declarado a esta procesión del Corpus fiesta turística de Castilla y León o fiesta nacional o estas cosas que se hacen ahora para aumentar el turismo, a Javi ya le había picado la curiosidad. Pero con moderación. Nadie lo sabía más que él y una novia que tuvo una vez a la que le confesó toda la cosa una noche, sabe Dios

cómo y por qué. Había algo de trauma de la niñez en su comportamiento con la procesión del Corpus Christi, esa era la cosa. No lo iba yo a decir, pero tampoco pasa nada por que se sepa. Dicen que los traumas de la infancia se curan enfrentándose a ellos de cara, así que por ello me arriesgo a decirlo aquí, básicamente por hacerle un favor a Javi, a quien quiero como a un primo hermano. Ahí va: no es que no hubiera ido nunca Javi a una procesión del Corpus, es que fue una vez, de chavales, con un amigo que ahora tiene una carnicería y la verdad es que si ya les imponía respeto a aquellas edades ver a semejantes personajes con aquellas porras, si ya era un poco duro mantener la respiración y la cara tiesa cuando pasaban a su lado, apostados él y su amigo en un portal, hieráticos como una estatua egipcia de Ramsés II, si ya era duro eso, qué sería, qué fue, mejor dicho, cuando uno de aquellos seres monstruosos, todo de verde floral tropezó con el vestido de comunión de una niña que no lo llevaba con todo el garbo que le había dicho su madre y se le vino a Javi encima, estampándole la porra en la frente. Sin violencia, pero estampándosela. Estas cosas en la mente de un niño son diferentes. Los niños construyen realidades al margen, son sus realidades, son distintas, pero son realidades porque para ellos lo son y no hay quien pueda con ello. Ni los psicólogos por más que te cobren la pasta que te cobren por devolverle la paz mental al angelito, ni los psicólogos ni nadie terminan por borrarle de la cabeza ese impacto, que con el tiempo y las cosas del tiempo va tomando otros colores y otra compacidad, pero siempre quedando algo por ahí, como una adherencia después de una operación de vesícula. No hubo consuelo para Javi durante veinte largos minutos, los que siguieron después de que le quitaran el hombre de musgo de encima, que hasta que se lo pudieron quitar esa fue otra, porque, claro, esa gente no se puede mover con facilidad y luego es que además el hombre se había hecho daño y decía que tenía el menisco roto y que era

mejor que no le movieran, que lo había visto en un reportaje de Antena 3. Pero estaba encima de Javi y Javi no reaccionaba, ni siquiera acertaba a llorar, era de esos casos en que los niños dan como boqueadas, se ponen morados y no arrancan a llorar. Para colmo los niños de comunión se arremolinaron en torno al suceso y formaron un tapón y no dejaban pasar a los de Protección Civil, porque estos, muy profesionales, decían entonces que ni en casos apurados se puede despejar a manotazos a un niño vestido de comunión, que te la podías buscar. Y mientras el pobre Javi en aquellas circunstancias. No es de extrañar que cuando arrancara a llorar se pasara en ello veinte minutos o más. Los que tardaron en ir a buscar a su hermano J. Antonio que iba de abanderado ese año de una cofradía de no sé donde, porque este muchacho es que se mete alguna veces en unos líos de cuidado. Y se lo tuvieron que decir precisamente cuando estaba haciendo la ofrenda de las banderas. No podían haber esperado, tuvo que ser en ese momento y claro, la familia es la familia, salió corriendo, tropezó, se cayó dos veces y la gente le abrió paso porque pensaba una de dos: o que había enloquecido o que había robado la custodia. Ninguna de las dos cosas parecía probable de este muchacho, que suele tener un comportamiento normal, pero al verle correr y al ver a la Guardia Civil y a la Policía Municipal que desfundaban la reglamentaria, pues lo tuvieron que pensar. Y lo que es la gente, lo malos que somos algunas veces los humanos: a los de las filas de atrás, a esos que nunca alcanzan a ver nada en las aglomeraciones humanas porque llegan tarde y son encima bajitos, a esos les llegó la honda de que el que corría, corría porque había robado un estandarte. Para qué querría José Antonio un estandarte. Desde luego... Qué mala es la gente, pero... en fin. El caso es que llegó a tiempo para auxiliar a su hermano, al que ya le habían quitado el hombre de musgo de encima y estaba en el minuto diecinueve de llanto a todo cuajo sin consuelo. Fue verle y se serenó.

Bueno no tan rápido, pero más o menos así. La verdad es que J. Antonio tuvo que explicarle todo y todo era que en realidad eran hombres disfrazados con musgo, que era un invento de la gente de Béjar de hace unos cuantos siglos para tirarse el pegote de heroísmo, porque como todavía no había sido lo de la Gloriosa y no tenían como muchas causas para reivindicar gestas gordas, pues en fin, había que buscarse la vida. El pobre Jose lo hizo con toda su buena intención de hermano ejemplar y, sí, le curó el llanto con aquella demostración racional, pero le hundió los principios de un bejaranismo fabular que le habían infundido en la catequesis, años atrás, cuando le contaron entre el cura y los catequistas a todos los críos la gesta de la reconquista de la ciudad. El caso es que su hermano José Antonio le sacó de una y le hundió en otra. Desde entonces Javi no fue nunca un niño soñador, se convirtió en racionalista a ultranza a pesar de su corta edad y no llegó nunca más allá del principio en la dulce etapa de las fantasías y, sobre todo, no estaría ya nunca impregnado por los sueños de las glorias locales, que tanto sirven después para cuando uno se hace mayor y le tienta, por ejemplo, la cosa del nacionalismo, que es muy humano, como tantas y tantas imbecilidades que uno tiene que superar.

Así fue y yo dejo constancia de ello. Quizá ahora se explique todo lo del vahído de Javi Paso el día de la procesión del Corpus Christi con mayor rigor. Por no entrar en demasiados detalles podemos resumirlo. Javi estaba apostado con sus pantalones de pinzas de raya recta en la entrada del comercio de Chago Yuste. En esto vio venir a los hombres de musgo con el abanderado y sintió flojera general. Había desayunado un café con porras, o sea no era la pájara. Por si acaso se apoyó en el escaparate de la tienda. Antes de que llegara la majestuosa y tradicional hilera de los niños y niñas de comunión, cada uno en su filita: ellos allí, ellas aquí, Javi sintió un sudor frío por el cogote, puso los ojos en blanco y cayó sobre la espalda de una

señora bastante gruesecita que se estaba abanicando porque hacía un bochorno de cuidado y la pobre había arrancado a sudar sin remedio. Gracias que le vio enseguida la palidez y adivinó que estaba enfermo, que si no igual le remata allí mismo. Como años atrás, se organizó un tumulto. Los niños y niñas de comunión se arremolinaron a ver lo que pasaba, pero, cosas de la democracia, los de Protección Civil ahora no se anduvieron con tonterías y los dispersaron a poco menos que a cachetes y a empujones, prueba de que los tiempos, por más que se diga no son como antes, ahora un niño de comunión es un símbolo de estatus, de tradición, de las creencias de los padres o de la manía del niño por tomarla para que le regalen una Play Station, de la sociedad de consumo para ser claros. Ya no es aquella devoción de antaño, aquel espíritu que nos inundaba y, como novias antes del deseado desposorio, nos dejaba insomnes la noche anterior. No es aquello, no señor. Esto debe ser cosa de la democracia o de los socialistas.

La gente siempre se queja de la seguridad social y más ahora que está el PP en el poder, pero el caso es que siempre pasa un médico por donde hay un herido y se abre paso diciendo eso de «Apártense que soy médico». Gobierna el PP o el PSOE siempre pasa esto. El caso es que llegó allí el médico ese que digo que siempre acaba llegando. Y fue la salvación de Javi, porque no era un simple mareo lo que le había dado. No era mucho, pero era un poco más. Hay que recordar a propósito de ello, para quien lo haya olvidado o no lo sepa, que Javi es licenciado en Filología, o sea, que sabe idiomas. No sé cuántos, pero sabe. Bueno, pues cuando despertó, después de que aquel médico ocasional le hubiera hecho eso que les hacen con las pupilas, los párpados, el pulso y tal, Javi hablaba al parecer otro idioma. Debía ser así porque el médico le respondía y los dos se entendían a las mil maravillas. Cuando el amigo que estaba con Javi

preguntó al médico sobre aquella rara situación, este le explicó que nuestro hombre estaba tan desorientado que no sabía ni dónde se encontraba. El médico le intentó centrar, pero como si nada. Es que no sabía ni en qué país se encontraba, por eso hablaba otros idiomas, como para probar a ver si le entendían. Mira que saben los médicos, pero aquel no sabía qué hacer. En su confusión pidió que abrieran paso, que despejaran la zona, que le entrara bien el aire. Como ya había pasado el grueso de la procesión, fue cosa fácil, la gente colaboró. Entonces Javi se puso en pie y miró con la misma mirada, exactamente con la misma mirada de confusión con la que aquel pobre Ortega Lara miró a la multitud curiosa que quería apoyarle o verle por morbo, cualquiera sabe, el día de su liberación. No sabía dónde estaba. Pero de repente sus ojos se clavaron en una hilera de balcones engalanados con la bandera nacional de esos que se ponen siempre este día, aunque nadie sepa ya muy bien en estos tiempos por qué. ¡Y reaccionó! Y le cambió la color y sonrió. «¡España, estoy en España!», exclamó. «¡Y en Castilla!», le completó el doctor para acercarle más a la realidad porque España es muy grande.

No me hagan mucho caso, que esto no es lo mío, pero en algún programa de la TV de esos de contar los jubilados las enfermedades y las desgracias he oído yo que a veces con los vahídos se pierde mucha cabeza y si no se recupera la orientación en cosa de minutos, puede quedar uno tonto o medio tonto. De haber seguido desorientado Javi unos minutos más, quien sabe lo que sería ahora de él. Mira para qué sirven las banderas muchas veces. Por eso precisamente los vascos vayan donde vayan y a lo que vayan, tenga que ver o no, ellos están siempre allí con su ikurriña, para orientarse, por si a algún paisano le da un vahído como le dio a Javi Paso y no saben orientarse. Todos los días se aprende algo nuevo. Vaya que sí.

OTRA APOTEOSIS (LA SEGUNDA) EN EL 12 & 23

UN MEDIODÍA DE SÁBADO, a la hora de los vinos, al 12 & 23 le visitó la Historia, la Historia reciente de España, aunque un poco rancia ya. Y también la actual, porque a veces van unidas. Y Chema Diu sin darse cuenta de nada. Ni él ni su Carmen, que algo notó, pero sin llegar a evaluar, a dimensionar del todo y como se merecía, aquella presencia. Uno y otro venga a servir revolconas con torreznos, patatas de la abuela y tal, pero al asunto de la psicología, ningún caso. Bien es verdad que el bar estaba en aquellos momentos lleno y no era cosa de estar pendiente de detalles indirectos. De todas maneras, qué honor para Chema, para su bar y para la institución que ambos unidos conforman ya, el contar con la presencia de aquel testimonio de la Historia inmediata de España, pequeño pero representativo. Qué honor que hubiera elegido su bar en el primer día que aquel hombre venía a visitar a su hijo, neófito en la Escuela de Ingenieros, rebotado, todo hay que decirlo, de experiencias como Medicina y Farmacia, a razón de dos años en cada una. Pero bueno, eso era un tema personal, pobre chaval y punto.

Bajito, chulo, *estirao*, con su bigote y tal, con la mirada y el gesto sublime, aún creía —¡el pobre!— que las jovencitas y las señoras rubias le miraban con entusiasmo a sus sesenta y algunos, cuando se erguía mental y físicamente para hablar lo mismo de economía que del Egipto faraónico, de medicina, de demografía, de arquitectura o de cualquier cosa que pillara. Hablar con aparente propiedad con tal de que no se le notara su gran bache: que era un pobre ignorante, que sus conocimientos venían a lo sumo de las

noticias del telediario cuando dejan de hablar de política. Un monstruo, no digo más. Y Chema y su señora, sin enterarse de nada. Ellos, venga revolconas, venga patatas de la abuela, venga verdejos y venga *vermuses*, y nuestro hombre sin la atención antropológica que merecía. Hoy solo priman los intereses económicos, el mercado y nada más. La ciencia, la antropología, el patrimonio histórico humano o la belleza, hoy parecen no contar. Esta debe ser la cosa del neoliberalismo que nos están metiendo como veneno en la sopa poco a poco cada día, para que nos muramos sin darnos cuenta.

Que se sepa, apenas Edu Izcaray, que se tomaba su vermú de cada sábado a esa hora, por lo que oyó, sin quererlo oír, por las miradas que le echó de reojo cuando oía ciertas cosas y porque era un observador silencioso de seres humanos, por todo eso, solo Edu Izcaray se aproximó al personaje, le caló. Aquel tipo venía de otro tiempo, pero a su vez tenía toda la pinta de un reenganchado a lo de ahora, una cosa para la que hay que valer. Edu Izcaray sabía que a estos personajes hay que disfrutarlos desde el punto de vista científico. Igual que cuando se lee un libro de Historia. Puede que tampoco guste lo de Primo de Rivera o las consecuencias del gobierno de Sagasta o que caiga fatal Felipe II, pero hay que conocerlo, leerlo, saberlo. Esta sabia impresión tuvo Edu Izcaray cuando advirtió de la presencia de nuestro hombre a unos metros de él y supo que tenía la oportunidad de estudiarlo con disimulo.

Nuestro personaje había caído por Béjar para visitar a su hijo, como dije, neófito en la Escuela de Ingenieros y, de paso, para conocer a la novia de este, de la que se había enamorado como un tonto nada más poner pie en Béjar. Al chaval, el pobre, le urgía conocer la opinión y el dictamen de su padre sobre aquella muchachita de Ponferrada, que, la verdad sea dicha, aunque los suegros, por lo menos de principio, siempre caen bien, a ella, él

en concreto, le pareció un fantasma. Y le extrañaba a la muchacha, porque siempre había creído que la fantasmería era cosa juvenil o en todo caso de la madurez poco curtida. Sería de Ponferrada, pero de la vida entendía todavía más bien poco, porque fantasmas los hay a todas las edades. Seguro. Demostrado. De entrada se le plantó con una especie de autoridad mitad intelectual, mitad de la otra, como si quisiera advertirle de la jerarquía, de la posibilidad que siempre tendría de perdonarle la vida, de regañarla en la cena de Nochebuena, de decirle cuando se tenía que sacar la muela del juicio o si tenía que tomar o no píldoras anticonceptivas. Así la cosa, mal pintaba aquel encuentro y eso empobrecía de alguna manera la levitación amorosa que vivían el hijo de nuestro personaje y la muchachita de Ponferrada.

No es cuestión de meterse en la vida privada de nadie. Si a la muchachita de Ponferrada le tocaba un suegro fantasma, pues allá, es cosa privada, demasiado pequeña para ser de interés general. Por tanto yo no me metería en ello. Pero es que nuestro hombre era mucho más que eso, era un personaje antropológico, un factor para la investigación sociológica, carne de ciencia por tanto, como si dijésemos. Y ante esto hay que contarlo, hay que aportarlo. Eso sí, no pondremos su nombre ni su apellido, porque el nombre es una circunstancia ocasional que no suele significar nada de la personalidad y del devenir de cada uno. El apellido a veces, pero parece ser que no era este el caso.

Por otra parte tampoco sería el momento de hablar de él si no hubiera significado un hito histórico para el 12 & 23. Todo tiene su pequeña e íntima historia. Los sitios también. Y el 12 & 23 tenía la suya. Todo lo que allí pasara y entrara sería siempre su historia, una parte de su esencia para retenerlo como si en realidad tuviera vida. Allí habían entrado y tomado sus cosas, por citar profesiones o circunstancias, desde escritores a estupendos

jubilados anónimos, pasando por amas de casa de todas las edades, niños con sus padres, articulistas de periódicos pequeños y medianos, tejedores, poetas, fontaneros, historiadores, gente que arregla televisores, médicos, progres con base y sin ella, escayolistas, rastafaris, peones y oficiales de la construcción, lingüistas, marineros, belgas, aprendices de cocina, escultores, soldados en Bosnia, editores de libros, vendedores de coches de ocasión, músicos de verbena de verano, separados, vírgenes, superdotados sexuales, dependientes de ultramarinos, arqueólogos, gente que barre las calles, modistas, cocineras, jubilados de buena conversación, dependientes, chacineros, bancarios... en fin, mucho personal. Todos eran una colección de circunstancias y de situaciones de la vida. De ahí que cuando un nuevo elemento y de insospechado valor llegara, constituyera la cosa un hito, para la historia íntima del sitio, nada más. Y de ahí que yo lo cuente, no es por otra cosa. Seré breve, porque de estos hay más, son todos iguales y al que más y al que menos nos sonará alguno de algo.

Nuestro hombre tenía alguna posición, poca cosa, pero algo más que muchos y se la había hecho a sí mismo poco a poco en estos tiempos y en los suyos propios anteriores, en los que fabricó los méritos que luego le servirían precisamente para tener algo respetable y fardón después, en el régimen político que había negado hasta que se murió su mesías. Paradojas del destino y de las cosas, milagros de las transiciones. ¿Cómo había logrado crecer los tres centímetros desde la cota cero? Pues con un poco de todo. Un poco trepa, un poco chivato, un poco mamón, un poco sin escrúpulos... un suflé muy completito. En esencia él era como más de obediencia, de lealtad, de cumplir con lo que sea para ver luego si te cae algo, que siempre te cae. La verdad es que para la mayoría no había sido nunca buen chico, para una minoría sí, en concreto para la que le interesaba a él. Aunque tampoco, porque esa minoría suele ser inteligente y sabe la

calidad humana de los que utilizan. No se los llevarían a una isla desierta con ellos por si acaso. Nos entendemos.

Así que, con toda esa simbiosis, le había ido yendo en la vida aceptablemente, aunque, coño, podían haber tenido alguna vez el detallito de nombrarle algo discreto, pero que se le viera, una direccioncilla general, en fin, un detalle que hay que tener con esta gente que tantos fuegos han apagado, que tantos marrones han logrado teñir de azul cielo y que tantas cañerías han reparado sin tener ascos ni poner trabas ni decir ni pío, con la peste que dan las aguas sucias. Porque eso sí, como fontanero-bombero era un monstruo. Cualquier tubería rota, cualquier incendio de baja intensidad, cualquier acumulación de aguas inmundas que se presentara, le tenía a él como voluntario para repararla. Luego había que pagarle los honorarios. Él no pedía nada. La voluntad o se conformaba con los puntos que iba obteniendo y pegando en un álbum para canjearlo por algo cuando se pudiera. Lástima que a veces caducaran los álbumes sin que hubiera suficientes para un buen canje. Pero siempre había sus cosillas, porque hay que pagar a estas gentes, hombre, que tienen su mérito y que a veces hacen trabajos impagables. Y, sobre todo, tienen su peso en la sociedad y en el órgano en el que sirven. Parecerá que no, pero tienen un valor incalculable y apenas se hacen notar. Hacen un trabajo imposible de hacer para la gran mayoría, están ahí con sus herramientas, con su mono de trabajo y tal, con sus ideas de fondo guardaditas y escondidas porque no se lleva tenerlas vistas, con su pasadito y tal. Algunos les llaman pelotas, pero no, pelotas no son. Fontaneros, son fontaneros en cursiva, esa es la palabra y solo metafóricamente se parecen a los auténticos, a los del mono y la caja de herramientas (y la tarifa). Para entendernos mejor: este modelo humano, adaptado al sitio y en las circunstancias, en Argentina y Chile fueron los del tema de la obediencia debida, retorciéndole las pelotillas a aquella

pobre gente. Aquí es que no se les ha presentado esa misma oportunidad o no se la han puesto tan a huevo, pero en circunstancias similares se hubieran puesto las botas. Es decir que los hay con cafeína y light, pero siempre con la misma base química.

Bueno, pues eso era nuestro hombre y parecerá una tontería pensar que merece la pena nombrarle en la galería de personajes y profesiones del 12 & 23. Pues no, no es una tontería. Esta gente tiene mucho peso específico, tiene su valía, ellos son los que se encargan silenciosamente de hacernos creer que todo va bien en todo, que todo se hace bien o en un determinado momento que aquello estuvo fatal y hay que hundirlo porque lo hizo quien lo hizo. Con una llamada discreta, con una simple insinuación, con una mirada lo entienden y allí están ellos para hacer su trabajito artesanal sin que nada se note. Y si son capaces así de hacernos la vida más feliz, aunque sea engañándonos, pues hay que sentirse agradecidos, hombre.¿ O no? Una cosa más: a este fulano le coge Quevedo en sus tiempos, el gran Quevedo, y le borda con un soneto o con varios. Tema tendría para un ciento.

LA ALQUITARA.

AÑO 2041 DESPUÉS DE JESUCRISTO

AÑO 2041. ESPAÑA Y TODO NO VAN YA BIEN, van de miedo, es que están que se salen. Al viejo presidente Aznar le sucedió, hace ya algunos años, su hijo Alonsito, ya maduro y también con bigote, situándose con él, como vicepresidente, el Casquín chico, el hijo del anciano Cascos. El hermano menor del portavoz del flequillo rebelde quedó de vicepresidente 2.º y de 3.º la chica pequeña de Rato.

La mejor novedad de estos tiempos de mediados del 2000, lo que singularmente caracteriza a España, es su operatividad, su capacidad de reacción ante lo inútil, que además, en muchos casos, hasta ahorra dinero, de lo cual se sigue tratando, como si el Estado se tuviera que comprar un piso. No tenía sentido votar cada cuatro años para nada. Siempre ganaban los mismos, se gastaba dinero en papeletas, se fastidiaba a la gente los domingos y se le daba oportunidad a los abstencionistas de subir la moral del adepto. Así que se cortó por lo sano: cada quince años una votación y si no se veía cambiar la cosa, cada treinta. Y el que gane ganó y el otro que se la envaine. Es la bomba. Lo que fue más preocupante es que la oposición aceptó sin problema la reforma, viendo que cada cuatro años se les notaba más lo de la pérdida de votos y eso no era plan. Un palo cada cuatro años deja agotado a cualquiera. Cada quince ya es otra cosa. Además —porque todo hay que decirlo— en la izquierda y sobre todo en el PSOE seguían debatiendo en un tuya-mía/tuya-mía y en ello iban los del PP, que siempre están de acuerdo en lo esencial: le quitaban el balón y le metían otro gol

por toda a escuadra. Irían ya por lo menos 30-0. Un palizón. Por tanto lo de las elecciones cada quince años convenía a todos. No eran medidas como las de Fujimori, no.

A todo esto Béjar en el 2041 todavía no había desaparecido físicamente. Tranquilos. Pero no era la misma. Bueno, no llevaba siendo la misma desde hacía setenta años, pero ahora lo era menos todavía, porque en todo se avanza. La reestructuración urbana de las ciudades llevó, años atrás, a la promulgación de una ley por la que o todo estaba bien conservado y servía para forrarse con el turismo cultural o se hacía un plan de reestructuración y se cortaba por lo sano. Pues buenos eran los del PP para estas cosas. Claro, con esto Salamanca, Toledo, Candelario, Sevilla o Granada se salvaron, pero en Béjar, como quedaban cuatro cosillas ya apenas desde la puerta de la Villa a la del Pico, hubo que tirarlo todo y reconvertir el cerro donde estuvo el Béjar antiguo durante tanto tiempo en un campo de golf. Lo dejaron como una alfombra desde Óptica Simón hasta Picozos, en donde colar la bola por la puerta de la Traición eran treinta puntos. Ojo, aquí venía todos los años a jugar en el Master de la Virgen, en septiembre, el chico mayor de Ballesteros, que no era paja. Solo dejaron las iglesias, porque también tirarlo todo no está bien. Pepe Muñoz se cabreó y la gente del Grupo San Gil, pero claro, les tuvo que decir el alcalde que a ver de qué iban, que si tanto sabían sobre lo que hacer con las cosas que se pusieran ellos, y les dijo Pepe que les gustaría pero que no sabían por qué pero que a ellos no les votaba la gente y el alcalde les replicó que allá películas, que eso es la democracia, que se fastidiaran y que le dejaran en paz. Y claro, como esto es verdad se pusieron depres. La gente les decía «Venga, machote, que tú vales, sigue» y tal, pero luego votaban otra cosa. En fin, la vida misma.

Volviendo al tema: Barrionuevo se tiró todo y se construyeron unas plataformas elevadas de diseño para lanzarse al río en parapente, que por lo visto era un morbazo, como lo del *puenting*, pero que estaba dando algunos disgustos porque cada dos por tres se despeñaba alguno contra las estribaciones del Ventorro de Pelayo y para despegarlos de los pedruscos que hay allí era luego un número, y una pasta por el turismo, aunque por lo visto compensaba. A la gente le gustaba ver estamparse en las rocas a los parapentistas. Los tiempos, que eran así.

A todo esto la sociedad del bienestar hace tiempo que se fue poco menos que al garete. A ver: al garete-garete, lo que se dice al garete, no se había ido, porque hubiera quedado mal la imagen. Un país ya del G-8 sin sociedad del bienestar... hombre, por Dios. Pero casi se había ido al garete o era un garete escrito en cursiva. El caso es que aquello de antaño, aquella sociedad que se jubilaba a los sesenta y cinco, que tenía lo de sanidad para todos, el subsidio de desempleo, la escuela pública marchando y tal, de aquello ya solo trazas. Un ejemplo: una disposición gubernamental había marcado que las pensiones se dieran en especie: tabaco, en concreto Bisonte sin filtro o 1-X-2 con filtro y cazalla, a razón de lotes de chupitos diarios según lo machote que se acreditara el jubilado en cuestión. Sin receta médica ni nada, a discreción. Y ya se sabe cómo son los jubilados cuando lo regalan. El anciano Caldera, Jesús, que fue mucho tiempo diputado y ahora vivía escondido en la Centena con una barba de medio metro, completamente senil, como tantos de su generación, pensando que le perseguían los del PP y que tenía que hacer una gesta como la de los hombres de musgo, bajaba de noche y sembraba el campo de golf de octavillas donde se decía que la medida de dar Bisonte y cazalla era una forma encubierta de la eutanasia que no querían legalizar. Tenía Caldera con sus octavillas a los barrenderos hasta el gorro. Con decir que ya todos

votaban al PP por jorobarle... Bueno, pues así las cosas le gente tenía que buscarse la vida a partir de cumplidos los sesenta y cinco para pagarse el día a día que le quedaba.

Con este panorama que digo surgían de vez en cuando ideas geniales para ganarse unas pelias, que ponían en entredicho la teoría de que la tercera edad es un tiempo de declive intelectual. Atención, esto se dio en la calle Gerona, que por esta época se llamaba ya paseo de don Alejo, rematando en el puente Nuevo en una imponente estatua ecuestre de siete metros. Un grupo de ancianos de la ciudad, miembros de la asociación de jubilados LOS IN, con sede en una residencia de ancianos ubicada en la antigua fábrica de la THESA, reciclada al efecto, tuvo la idea de resucitar un viejo programa de finales de siglo titulado *El Gran Hermano*, que tuvo mucho tirón popular. Planificado todo y con el título de *El Gran Jubilado*, arrendaron La Alquitara a un hijo de Javi Paso, que lo tenía como museo de época. Hay que decir que Miguel Paso, que seguía soltero, había sorteado el bar entre los sobrinos y le había tocado en suerte al mayor de Javi Paso, al Jose. Y el hijo de Javi Paso, el Jose, que era un lince, oliéndose el negocio, se convirtió en productor de *El Gran Jubilado*, además de alquilarles el local y subvencionarles las pastillas y todos los supositorios de glicerina que necesitaran. Y de paso se forró para toda la vida y le dejó a su padre y a sus tíos Miguel y J. Antonio pagada la residencia de por vida, cosa que en algunos no le supuso mucha pasta, porque allí pagaban según la cantidad exacta que comían. Javi, su padre, en concreto, seguía sin rebasar lo que había sido el récord de toda su vida: veintiocho fideos por sopa de cocido y nueve garbanzos con media hoja de repollo hervido de segundo; sin carne, ni relleno, ni postre ni nada.

Hubo que hacer algunas reformas externas nada más. En el lugar de la antigua fachada de La Alquitara se colocó una gran hilera de cabinas

individuales consecutivas a las que se accedía, como en las de sexovoyerismo, metiendo unas monedas por tiempo. Y dentro de La Alquitara, con la misma ambientación que lo que fue a finales del siglo XX, un grupete de jubilados ilustres en su salsa que entraban a las doce de la mañana y salían a las dos de la noche, agotados pero jubilosos con su perrillas. Incluso les esperaba la gente y aplaudían unos y querían pegar a otros. Un número. Pero también un negocio para Béjar, que entre esto, el complejo turístico de la Covatilla, las barriadas de chalets adosados del Calvitero con vistas a Béjar, el acondicionamiento del río para bajar desde Candelario en fueraborda, los multicines, el Pryca y el bingo del Bosque, el campo de golf del casco antiguo y lo del parapente de Barrionuevo con caída al río, con todo eso se había convertido en poco más o menos lo que era el Puente Congosto un domingo en los años setenta, un hormiguero. Para que luego viniera diciendo Pepe Muñoz que si tal y que si cual, hombre.

Venía gente de todas partes, de Zamora, de Orense, de Palencia, de Puerto de Santa María, de Don Benito, de Soria, hasta trajeron una excursión de hijos de excombatientes republicanos en gira por España a ver a aquella tropa de jubilados tomando su tinto gas con tapita de callos, sus cazallitas después de comer hablando de sus cosas, con lo suyo, pero ya con las cabezas un poco para allá. Miguel Paso y sus hermanos J. Antonio y Javi, los tres con un peluquín sintético marrón del Pryca, de los de lleve tres y pague dos, regentaban un poco la cosa. Allí estaba Chema Diu, gagá total, todo el día preparando brebajes que o te bebías a la fuerza o te tiraba la dentadura postiza a la cabeza. Así, el tío. El pobre Alberto Segade estaba ya un poco para allá, el hombre, siempre con un micrófono apagado haciendo entrevistas a las personas, a las sillas, al aparato de las cañas o a lo que pillara e incluso a sí mismo. Hasta que se quedaba sin voz. Lo de ser

abogado y mayor debía tener alguna relación con estar un poco más para allá de lo normal, porque Juanjo Estévez le quiso meter un paquete a Pipe Comendador, que el hombre no se metía con nadie, todo el día escribe que te escribe églogas y sonetos en un rincón y todo porque le pilló un verso que titulaba: «¡Ay, tu pezón!». Hombre, por Dios, si Juanjo había sido siempre progresista. El caso es que con la ayuda del abogado Rafa Muñoz, que iba algunas tardes a hacer horas al *Gran Jubilado*, crearon un cierto clima de tensión que a aquellas edades no era bueno y desembocó, por ejemplo, en que a Edu Izcaray le pisaran a mala leche el audífono que se le había caído y encima le dieran un bastonazo en la nuca por la espalda, porque este a su vez le había descolocado a mala uva (decían) el peluquín a J. Antonio Paso, empeñado, este, en que tenía que cantar lo que cantaba en los setenta con Anabella, Emilio, Juan Caldera y Manolo Chinche. Y es que ni el mismo J. Antonio se sabía ya las letras y empezaba con lo suyo pero luego seguía con una de Jaime Morey o se empezaba a tirar su eterno farol, el de siempre: que él le había enseñado a Julio José Iglesias todo lo que sabía. Anda ya, farolero. Y, además, es que se le caía la dentadura al suelo cada dos por tres y si daba la casualidad de que Chema Diu se la había tirado como de costumbre a alguien, hasta las confundían y luego no hablaban lo mismo. Claro, cada dentadura es para su boca correspondiente. Un desastre. Menos mal que Luis, el médico, seguía siendo buen chico y cuando veía las cosas ponerse tensas, les colocaba una pastilla de lo que fuera en el tinto gas y volvían las cosas más o menos a su sitio. Aunque todo hay que decirlo: para que Luis estuviera centrado y poder dar la pastilla adecuada, antes tenía que ir su señora Concha cada dos horas a darle a él una o ponerle un par de supositorios.

Cierto es que con Carlos Castaño no podía ninguna pastilla conocida por Luis, pero tampoco era tan molesto oírle proclamar la república de

tarde en tarde, aunque no se le entendía bien porque no le quedaba un diente en pie y se había negado a ponérsela postiza. Decía que era de monárquicos. (No sé qué tendrá que ver, pero bueno.) Pero quizá lo de Gabriel Cusac era lo más criticable, por lo que tenía de explotación. Por contrato estaba obligado a pasar unas horas encerrado en una especie de jaula con un cuaderno y un bolígrafo. Los espectadores le proponían un tema o tres personajes y él tenía que inventarse una historia estrambótica en diez minutos. Y luego la pasta iba para la Fundación *Béjar a Más*, controlada desde el Ayuntamiento. Como Cusac había sido rojo, o aceptaba la cosa o no le dejaban entrar en el asilo. El pobre tenía que tragar y escribir lo que fuera. No le importaba, pero claro, era a la fuerza. ¡Poco que tiraba Caldera octavillas denunciando esta injusticia, eh! Claro, como Cusac fue concejal por IU... Para creer en los demócratas. Por cierto, mujeres en *El Gran Jubilado* ninguna, que decía el alcalde que lo mismo se ponían allí los viejos a darse el lote. ¡Pues no te fastidia!

JAVI P. Y EL FUNCIONARIO

LA VIDA ES ASÍ, el día menos pensado te hace pasar por lo inolvidable. Eso le pasó a Javi Paso un viernes sobre las siete de la tarde: se le echo en los brazos un funcionario y le dejó todo el hombro empapado por las lágrimas y la piel de debajo de la ropa como vieja. Con los camareros responsables es lo que pasa, se tienen que tragar cada sapo de cuidado. Javi Fuentes, descendiente casi seguro de los moros que se quedaron después de la movida de los hombres de musgo, nativo del barrio de los Salesianos, profesor de gimnasia emigrado en Santander, amigo de siempre de Miguel Paso, rollingtoniano una vez en Gijón y cliente abonado de La Alquitarra, cuando se escapa de Cantabria, Javi Fuentes, digo, lo vio todo, pero no intervino, porque estas cosas son para el que le toca y para nadie más. Menuda escena: el funcionario de treinta y tantos en los brazos de Javi Paso, gimoteando a la vez que expulsaba por la boca demonios, rayos, centellas, alguna utopía y mucha tristeza. Menos mal que a esa hora solo estaban en el bar Javi Fuentes, atareado en un rincón con unos *Interviús*, un tal Ñoño de Valdesangil, electricista, liado con unos cordones y otros dos o tres fulanos más con coleta de un grupo de jazz, montando el equipo para actuar por la noche. Aunque hay que decir que estos últimos no hicieron el más mínimo caso de la escena, porque le habían dado ya tres o cuatro vueltas a España actuando y no les cogía nada de improviso. A lo mejor es que se llevaba esto. A lo mejor es lo último, como el internet en el móvil. Pero, en fin, así fue la cosa: el funcionario en los brazos de Javi, lloriqueando, abrazándole por el cuello y la cintura y él,

muy profesional y, también hay que decirlo, muy solidario, aguantando el tipo, acariciándole el occipital y ayudándole a beber un sol y sombra que había pedido con la sola intención de hacerse un poco de daño en el hígado de allí a las dos o las tres de la mañana. Bueno, bueno y bueno.

El funcionario llevaba ya en aquel estado lacrimógeno una temporada. No era de ese momento la cosa. Le había venido fraguando de atrás, poco a poco, que es como hunden más los daños, como se clavan y se graban y luego no hay quien se los quite de encima en toda la vida. Llorar en el hombro, lo que se dice llorar en el hombro y empaparle el jersey, la verdad es que a nadie más se lo había hecho. Con Javi es que había confianza, se habían conocido en Salamanca, habían vivido algunos temas que no vienen al caso, pero luego cada uno tomó rumbos diferentes. El funcionario se había hecho funcionario con unas oposiciones a lo suyo, a algo del medio ambiente, del patrimonio o cosas de esas que siempre traen muchos líos porque tocan en intereses muy sensibles y concretos y porque en el fondo le importan bastante poco a quien le tienen que importar, aunque luego salgan diciendo que lo tienen en las prioridades y que creen que es lo fundamental. En fin, la vida, lo pardillos que somos, lo poco que en realidad nos importa lo que se sale de nosotros mismos, el poder... esas cosas. El caso —que me despisto— es que mientras el funcionario había querido ser funcionario y le había salido bien, Javi había optado por la cosa de la hostelería, aprovechando que su hermano Miguel triunfaba con La Alquitara de aquella manera discreta y prestigiosa con la que lo hacía, creando, con el bar de Chema, una especie de zona norte de la calle Gerona que tenía ya su gente y su cosa.

Así y todo, se veían ambos —Javi y su amigo el funcionario— algunas veces cuando este caía por Béjar (con cierta frecuencia en primavera y verano) a visitar a la familia de su señora, que tenían un piso

en Felipe Rinaldi y un chalecito de esos de dos habitaciones, cocina y una cacho piscina en Valdesangil, de esos que la gente construye allí ilegalmente ahora más que nunca mientras la autoridad silba mirando para el cielo.

Al funcionario le tocó la lotería con sacar la oposición. Lo primero, se compró un piso y luego se casó. Como casi todo el mundo. Para sus adentros pensó que o le venía alguna desgracia imprevista o tenía ya para ser feliz toda su vida. Un sueldito regular, una mujer guapilla, la parejita cuando pudieran, la suerte de trabajar en lo que le gustaba cobrando fijo a fin de mes, la posibilidad de aportar algo de lo que le apasionaba a la sociedad... en fin, el cielo mismo.

A los dos años ya empezó a notar algo. A los tres se mosqueaba, mínimo, cada cuatro o cinco meses por lo mismo o parecido. Y a partir de los cinco años ya vino lo gordo. Se le acumularon muchas cosas de atrás y una mañana sintió la mirada a los ojos y las frases sutiles pero contundentes de su jefe aportándole una píldora que se tenía que tragar. «El funcionariado es una cadena transmisora de consignas y obediencias»... le dijo su jefe un día con contundencia militaroides invocando la necesidad de que ya fuera técnico, ya fuera un ordenanza o ya san Pedro bendito, tenía que hacer siempre lo que le conviniera a la Patria (¡ay, Dios, esa palabra!) y en ella, en la Patria, siempre habría alguien por encima de nosotros que sabía lo que hay que hacer. Al funcionario le dio un latigazo de cuidado el corazón y dejó de ser feliz de repente una temporada. Ni aunque se quedó su señora embarazada del segundo ni nada, pasó de 8 cm de sonrisa a 4'5 nada más. Empezaron a decirle que si era la crisis de los cuarenta con adelanto, que si sería una depresión por el calor o que podía tener algo de estómago. «Eso es el factor humano, tío», le dijo Javi P. lacónicamente y con frialdad unos dos años antes de la tarde del sollozo, cuando le había

insinuado el funcionario, todavía en el inicio de su calvario, algo de lo que estaba viendo y penando. Pobre chaval. Desde entonces ya la cosa empezó a ir mal. Había temporadas que bien pero otras perdía el sueño e incluso en la cama andaba así así y eso que él había sido siempre bastante toro. Su señora le apoyaba y eso era todavía peor. Qué cosas. ¿Por qué? Pues porque, con el apoyo de su señora, a más riguroso que se ponía en el trabajo, más palos. Y a más palos, más destrozo neuronal. Y a más destrozo neuronal, más miseria mental. Si ella le hubiera llevado la contraria y él, a su vez, después a ella, todo hubiera desembocado en un desencuentro conyugal, sí, pero habría tenido más paz personal. (Una extraña técnica psicológica no homologada, pero que a saber si hubiera dado resultado.)

«Ay, Javi, que esto no tiene solución», le decía asido por la cintura. Él le frotaba la espalda con solidaridad del amigo que te entiende. De pronto recordó la terapia que había leído una vez en una revista de las que compra Miguel y no se lleva la gente a su casa porque no tienen despelotes. Había que ponerse ante todo en la realidad, por lo visto. «Vamos a ver, tío, posiciónate». Javi le soltó y se puso delante de él con ambas manos y brazos dispuestos a explicarse bien. «¿Tú dónde estás, dónde vives? En España, ¿no? Bien. ¿Y dentro de España, dónde? En Castilla y León, ¿no? Bueno, pues hay que partir de ahí, esa es la base empírica». (El funcionario, estupefacto, pensó que Javi se había vuelto loco.) «Si estás aquí significa que no estás en otro sitio, luego no puedes pedir cosas de otro sitio estando aquí. ¿Me sigues?». El funcionario asintió con la cabeza y los ojos como platos. «Bien, ya tenemos algo. La desesperación llega cuando uno no sabe dónde está, cuándo lo sabe, toma conciencia y entiende que su lucha es ardua y que tiene que ir poco a poco. ¡No hay lugar para la desesperación, amigo mío, Juan Manuel, por el amor de Dios! Quiero decirte que en este país ni se valora a los funcionarios, ni los funcionarios tienen toda la

conciencia necesaria de serlo. Y en multitud de casos sus jefes, que no creen demasiado en el papel que desempeñan, hacen que los funcionarios no se tomen en serio el gran papel que tienen como trabajadores de lo público. Eh, ¿cómo lo ves?, ¿qué tal me ha quedado? Bien, ¿no? Pues es la p. verdad. Y hay más. Los trapicheos de todo tipo que les hacen ver y callar, las píldoras de medio metro que les quieren hacer tragar a algunos pobres y, en tantos casos, la falta de preparación de muchísimos de esos mandos en lo que mandan e incluso la procedencia mental y política, y sus consecuencias, de algunos, demasiados según las zonas, hacen que surja una cierta desidia y que acabes por no creer en lo que estás haciendo. Y, claro, en ese estado de cosas, como sois humanos los funcionarios, aunque no nos lo queramos creer el resto, si encuentras escaqueo, pues a ello. Y si voy yo en ese momento y no está el que busco, ya la tenemos preparada. Puede que sea la primera vez que me pase, puede que estés desayunado de verdad o meando e incluso poniendo un huevo, pero como me pase, se entera toda la barriada. ¿Es así o no es así, Juan Manuel? Pero bueno, de este tema habría mucho que analizar, solo te he hecho una sinopsis y perdona que te hable de manera tan técnica». El funcionario, ante aquel discurso cargado de sociología nacional y autonómica, no solo asentía con la cabeza como un tontito y tenía los ojos como platos, sino que, también, se le había puesto la boca con abertura de norte a sur, una posición verdaderamente extrema. «¡Qué nivel!, ¡qué sabio eres, Javi! Ponme otro sol y sombra y unas aceitunas». Javi hizo ademán de no darse importancia. «Uno que ve y oye mucho detrás de la barra y además tiene familia funcionaria».

Ñoño, el electricista de Valdesangil, que estaba a lo suyo pero que se había quedado también con toda la copla mirando de reojo y arriesgándose a tocar donde no debiera y a llevarse un buen calambrazo, se dirigió a los

platicantes en tono de favor: «¿Me sujetan estos diferenciales, por favor?». Así dio tiempo a que el funcionario se bebiera de un trago el sol y sombra y le empezara a hacer reacción. Javi Fuentes terminó con todos los *interviuses* del montón y, adicto en ese momento a lo que estaba mirando en las páginas centrales, llamó a Javi. «¿No tendrás más por ahí?». Javi Paso suspiró como con resignación. «Ahora te saco unos *Man* que tengo escondidos». («¿Pero qué vicio tiene la gente casada!».) (Esto último lo pensó solo para sí.)

Ni que decir tiene que la caries mental del funcionario, tras la conversación con Javi P., supusiera la milagrosa regeneración de lo carcomido. No. Ni hablar. Las caries mentales, como las otras, cuando pasan, te las pueden empastar, te pueden matar el nervio, te pueden hacer un trabajo maestro y no crecer más, pero suponen ya para toda la vida que hay que masticar en adelante con cuidado y revisarlas cada cierto tiempo. Por lo visto era mal de muchos y cuando la cosa es mal de muchos y la conoce cada vez más personal, hay esperanza de que reviente. Ya se sabe que a veces no es tan malo que se rompa la presa, porque así se hace otra nueva, más moderna y mejor.

EN LA ALQUITARA. PARA NO CONTARLO

PUEDE QUE ALGUNA MUJER haya pensado alguna vez —yo no lo sé— que Javi Paso no tiene corazón. Puede, pero si lo ha pensado alguna mujer, tiene que haber sido un juicio coyuntural. Porque corazón tiene y muy grande. Tiempo después de sucedido lo que voy a contar se supo, aunque en círculos muy-muy-muy reducidos, esta alucinante historia que con seguridad tampoco el lector creará, para bien en realidad de la vida que vivimos, que cuantos más enigmas tenga mejor, más entretenidos estaremos haciendo conjeturas (y más trabajo tendrán algunos).

Sucedió una noche de sábado en verano a las tantas. La Alquitara vacía ya y Javi solo y algo cansado relleno las cámaras con las *fantas* y tal. No tenía ninguna prisa porque al día siguiente, domingo, cerraban. Así que se puso *Ainda* de Madredeus, por la cosa de su vena mística particular y se dedicó a ordenar aquello. Entre la 4.^a y la 5.^a pista, en ese descansillo refrigerador del oído, oyó un ronquido que salía del almacén. En efecto, había un fulano allí dormido como un cesto entre las cajas, en la oscuridad, roncando desde bien dentro de la garganta. Se acercó y le iluminó con el mechero la cara. Le conocía de verle por allí a menudo los sábados con buen rollo. La gente lista se caracteriza por no asustarse ante la perplejidad y por tomar la decisión adecuada no en cinco segundos, que sería precipitado, si no en tres minutos, que es más tiempo, pero da para decidir lo más sensato. Aquel tipo estaba tan dormido y quizá tan borracho que no

despertaba ni a tiros. Con los cojines de las sillas del bar Javi le hizo una almohada, le tapó con un vestido de señora que no sabía quién coño se lo había dejado allí ni por qué y, para que no le entrara humedad en los riñones, de colchón le puso unas cajas de cartón aplastadas. Cuando fue el momento de marcharse, viendo que seguíamos igual que al principio, le dejó una nota con un teléfono para que cuando despertara vinieran a sacarle, la cafetera encendida y un plato de croquetas por si se levantaba con gazuza, que sería lo más probable. Lo dicho: si alguna mujer ha pensado alguna vez que Javi Paso no tiene corazón, es que se lo buscó al lado derecho o de cintura para abajo, sabe Dios dónde.

A las seis de la tarde Javi se acordó en el chalet de Navacarros de su tío Paco, a la sombra y con la barriga llena de una paella escandalosa que había preparado el susodicho familiar, se acordó, digo, de que había dejado en el bar a aquel tipo entre las cajas. Así que, muy responsable él, se marchó a ver qué pasaba diciendo que volvería. A todo esto, su hermano Miguel no tenía conocimiento de nada, pero eso es igual. Bueno, no es igual, pero para lo que nos traemos es igual.

Del tipo en cuestión ni rastro. De las croquetas, tampoco y eso que estarían frías. Lo dejó todo colocadito y, encima del mostrador, un sobre cerrado con una nota: «Solo para Javi y para nadie más». Javi pensó que sería una propina por las atenciones recibidas y no le pareció bien porque lo suyo había sido un acto del corazón y no de *marketing*. No era dinero. Varios folios manuscritos en un cuaderno de propaganda de Coca-Cola que había pillado por allí, escrito con letra dubitativa y temblorosa. Ay, Dios, pensó Javi, esto es que se ha ido a tirar por el puente de San Albín. Tampoco. Los domingos libres en verano Javi, por lo que se veía, no daba muchas. Se sirvió un aguardiente básicamente para bajar la paella de su tío Paco, de la que se había empeñado —el muy sabio— en comerse la parte

pegada, enganchó después el aparato de música, se puso a Van Morrison y comenzó a leer aquel cartapacio.

Amigo Javi, permíteme cuatro letras para decirte que te admiro —iniciaba el escrito—. Te admiro por lo que has hecho por mí esta noche y por lo bien que sirves el Dyc con Coca-Cola. Sobre todo por lo primero. Por eso quiero revelarte solo a ti el secreto que he conocido esta noche y que no le contaré a nadie más, porque mañana mismo me largo a Cuba, que como son comunistas, creen menos en zarandajas y tendré menos oportunidad de acordarme de lo que he visto y vivido. Puede que no me creas y acabes pensando que estoy loco. Bueno, pues si así, pues vale, pero de verdad que estoy más o menos bien y que no me drogo ni nada. Soy ATS y me dedico a trabajar para una ONG. En fin, si decides no creerme, te olvidas y en paz. Pero no se lo cuentes a nadie, que la gente es muy mala y son capaces de sacarme coplas, y no te digo a ti, que pensarás que te lo has inventado.

Mira, cuando desperté lo primero que creí es que me había muerto, que se había acabado todo, que como era sábado me la habría pegado de frente con alguno de esos que pasan acelerando los sábados a las tantas por las calles de marcha para que veamos que se han comprado un Clío nuevo. Me pellizqué, me di tortazos y hasta un puñetazo en la boca del estómago. Pero no estaba ni soñando, ni me había muerto. Lo que estaba era «cagao» de miedo. No vamos a entrar en si esto es una frase retórica o tuvo algo de realidad. No es eso lo importante ahora. Es que es muy fuerte lo que vi, Javi, te lo juro. Veo tu cara al leer lo que sigue y leo tus primeros pensamientos. No sé si dejarlo, romper esta carta y que no se entere

nadie. Pero es que, como no tengo novia, necesito compartir con alguien mi secreto, para saber que por lo menos tengo un cómplice. Aunque no nos veamos más, por si me ves y te da la risa.

Nada, que no sé cómo empezar.... (Estoy pensando.) A ver así: ¿Tú crees que existe otra vida, Javi? Tienes cara de que no. Yo tampoco lo he creído hasta hoy. En realidad, tampoco sé si lo que he visto es otra vida o es esta o qué coño es lo que he visto. Porque no lo sé, ni sé lo que significa, ni sé siquiera si es que estoy de los nervios o qué. No lo sé, Javi, tío, pero léeme atentamente, que me voy a desahogar. No me enrolló más, ahí voy: los muertos después de muertos no están tan muertos como creemos; y además, cada uno de nosotros, además de ser nosotros, somos otros sin dejar de ser nosotros pero con otro rollo. ¡Hala!, ya lo dije, ya me he quedado tranquilo, aunque sé que no me has entendido. Ahora te lo voy a ir desbrozando. Vamos por partes. Cuando desperté, el bar estaba lleno de gente que se tomaba sus copas allí como cualquier sábado, aunque tú lo hubieras cerrado vacío. Era gente desaparecida en muchos casos, gente que se ha muerto hace poco o hace mucho y que estaba de copas y todo mezclado con gente que yo veo por aquí los sábados y que los conozco de vista, como Pepe Muñoz, Edu Izcaray, tus propios hermanos, he incluso tu padre, que ya me enteré que había fallecido hace dos años. Y, perdóname lo que te voy a decir: estabas tú también. No te me rías, Javi, que es verdad, estabas tú también. Eras tú y no sé si decirte todo lo que te escuché decir y lo que por lo visto eras. No te lo oculto más tiempo: eras un senador del PP por Zamora. Fíjate, por Zamora. Nada menos. Pero luego te explico mejor. Allí estaba un tal Víctor Gorzo, que no sé quién es, pero tenía pinta de antiguo, hablando insistentemente de no sé qué

de unos cañones y criticando al PP y el caso es que no cuadraba bien. No sé qué tiene que ver el PP con cañones, como no sea por lo de mandar a la OTAN a Yugoslavia. Allí se tomaba también unos chatos de vino, fíjate, unos chatos de vino de noche, pero en fin se los tomaba, un tío, que debía ser antiguo también por la pinta, que le llamaban Nico y que debía ser filósofo o entender de esas cosas, porque hablaba con mucha autoridad de eso con un tal Mateo, que decía estar hasta no sé qué sitio de que investiguen su vida pasada, sacándole novias y tal. Así mucha gente que a mí me suena de haberla visto retratada en libros o en cuadros del ayuntamiento o no sé dónde. El caso es que es gente que la ha palmado hace tiempo, pero estaban allí, ¡estaban allí!, mezclados con gente de ahora, contigo, Javi, tío, aunque no te lo creas, porque por lo visto tenemos doble personalidad o triple o no sé cuántas y de vez en cuando esas otras personalidades nos dejan y se van ellas por ahí y viven otras cosas. Y nosotros ni nos enteramos, nos queda como algo en la cabeza, pero ni lo sospechamos. ¿A que te parece mentira? ¿A que te ha dado la risa cuando te he dicho que en tu doble personalidad eres un senador del PP por Zamora? Es que no tienes pinta, pero eras eso, ibas todo engominado y peinado para atrás, de corbata y tal y con unos zapatos castellanos y calcetines de esos medio transparentes que si te quitas los pantalones se te quedan por debajo de la rodilla y tienes un aspecto ridículo. De esos. Tenías una pinta cojonuda, en serio, no creas que te sentaba nada mal. Y eras tú, como también era Pepe Muñoz. ¿Sabes quién te digo? Ese muchacho que es tan buen actor de teatro. Ese. Bueno, pues Pepe era un negro, te lo juro, un-ne-gro. Como te lo digo. Un negrazo de la leche, de esos que corren en las olimpiadas y ganan. Un atleta, vamos. Fíjate,

Pepe, que es normal. Pues nada que ver, un cuerpo, unos músculos de la leche, una tiesura de atleta. Lo de tu hermano José Antonio no sé si decírtelo, porque lo mismo lo vas a interpretar mal. Yo te digo lo que he visto. Tu hermano José Antonio Paso era una tía, una tía con unas caderas de la leche, quiero decir anchas, sabes. ¿Ves la estanquera de «Amarcord»? Pues así. Y tenía una mala leche de cuidado y por lo visto le apretaba la faja todo el rato y no se podía estar quieta. Y el Chema Diu... ¡Vaya plan! Por lo visto Chema era alcalde de Béjar, de ese Béjar alternativo de las dobles personalidades y de las noches. Y por lo que se veía lo tenía todo bien organizado, hablaba de un proyecto de poner hilo musical en las calles. Pero no es eso todo, es que su mujer era Pipe Comendador. Una tía que no veas, una «miss», no te digo más. Pero era Pipe, ese que es poeta y tal. Pues era una tía. Estaban allí agarrados el matrimonio y tal y se daban besos. Claro, eran marido y mujer, como cualquiera. ¿Sabes quién es Luis, el médico? Por lo visto, ese era rejoneador y se presentaba allí todo chulo, con su sombrero, su pantalón apropiado, su taleguilla... Y Edu Izcaray... Bueno, esto ya si que es demasiado. Edu era el cura de la parroquia de San Juan, un cura con sotana y esa calva circular en la coronilla. Allí no apareció, pero hablaban de él, de que salía por las noches con un crucifijo para confesar por las calles a medida que la gente iba pecando por ser sábado y tal... Bueno, Javi, así te podría contar un montón, pero no tengo mucho tiempo. Solo quiero que sepas que por lo visto todos tenemos otra persona con nosotros, ajena a lo que nos creemos que somos y que hace otra vida y se marcha de copas y no nos enteramos de nada. Y que la cosa no termina cuando nos entierran en el cementerio. Que hay algo después, aunque allí nadie

habló de Dios y ni nada de eso. Apenas te puedo decir, por lo que oí, que hay una especie de purgatorio o sitio aparte o algo así, donde me parece que no se está muy bien. Es el sitio al que van todos los capullos demostrados y demostrables, los mamones integrales, los corruptos que dan mucho asco, los prepotentes, los lameculos con intereses, los fachas, los que matan porque sí, los fantasmas de mal rollo y toda esa gente que si hiciéramos una votación con listas abiertas sacarían más del 40 % de los votos. No sé qué harán allí, pero por lo visto no lo pasan bien, nadie les quiere, ni ellos mismos, ni siquiera les dejan ser corporativos. Y otra cosa te voy a decir: por lo que vi, los muertos se dan de vez en cuando una vuelta por el mundo de los vivos disfrazados de personas impersonales a las que no prestamos atención porque no las hemos visto nunca, ¿sabes cómo te digo, no? Tú vas por la calle y te encuentras a gente que la miras, te mira y no la vuelves a ver nunca más. Bueno, pues alguno de esos puede ser un ser querido muerto que está dándose una vuelta por la vida a ver cómo le van las cosas a los suyos, a ver si se ha echado novio su señora después de quedar viuda o a ver con quién se le ha casado el pequeño o si tiene cara de felicidad y tal. ¿A que no se te había ocurrido pensar que esto pudiera existir? A mí no, por lo menos. Pues por lo visto es así y nosotros no tenemos ni idea. Lo vi, lo oí todo, allí metido, cagado de miedo por si me encontraban. Y mientras, ellos a lo suyo, un jaleo allí de miedo...

Seguramente no habrás creído ni una palabra de todo. Quizá sea lo normal y lo mejor para que no te compliques la vida, como me la complico yo a partir de esto. ¿Quién me mandaría a mí beber un poco más de la cuenta y quedarme dormido allí? Ahora ni yo mismo sé si es verdad o es mentira, aunque no puede ser mentira, estaba

tan despierto y tan consciente como ahora. ¿Pero cómo van a estar casados Chema Diu y Pipe Comendador en una vida paralela? Pero si ni siquiera se les ha visto nunca... en fin, ¡ya me entiendes! Pues era así, Javi, tío, eran un matrimonio muy bien avenido; vamos, que no parecía que a Chema le pegara ni nada. Además, era el alcalde, cómo le iba a pegar. Dicho queda. No se lo cuentes a nadie, a ver si me van a echar de la ONG en la que estoy. Y si vuelvo alguna vez y quieres hablar del tema, te guiño un ojo y lo hacemos. Un abrazo,

Iván

Javi, dobló la carta, la rajó en mil cachos y los tiró por el váter. Apagó las luces, atrancó la puerta, bajó la protección y se fue cabizbajo calle Gerona arriba. «... Senador del PP por Zamora. Nada menos. Tiene narices la cosa. Pero peor es lo de Edu... o no, la verdad es que no lo sé».

A JESÚS CALDERA

LE LLUEVEN DE PRONTO LOS AMIGOS

NADA MÁS CONOCERSE QUE CALDERA, Jesús Caldera, había sido nombrado portavoz del PSOE en el Congreso comenzó a sentirse la inquietud. Centros de poder fáctico como La Alquitara o el 12 & 23 rezumaron entonces una especie de nerviosismo en lo que antes había sido sosiego, producto, ya se sabe, de la pesada losa que había supuesto en los hígados del personal la mayoría absoluta del PP en las últimas elecciones. Lo que comenzaba a notarse ahora era que determinada gente se tomaba los vinos, las cañas, los Dyc con Coca-Cola o lo que fuera con un cierto desasosiego, con intensa ansiedad. En fin, con un sinvivir de esos que nos entra cuando nos traemos algo entre manos que no se sabe si nos saldrá bien o perderemos la oportunidad de nuestra vida.

El señor Segade padre, que es personaje al margen de los desasosiegos que voy a decir a continuación y hombre con experiencia por razones de la edad, percibió enseguida este ambiente, tardando solo unos días en dar con las claves de lo que sucedía. Y obtuvo la definitiva respuesta cuando un mediodía, a la hora de los vinos, aparecieron por La Alquitara y por el 12 & 23, Caldera y su señora Lola. Un sábado. No estaban en campaña de nada, iban a tomarse unos vinos exactamente como lo hacían también cuando Caldera parecía entrar en inevitable barrena política por cosas que pasan en esa profesión. Hay que decir que después de todo esta pareja ni cuando él estaba alto ni cuando parecía empezar a dejarlo de estar, fueron en Béjar otra cosa que gente muy normal, por más

que saliera él por la tele y esas cosas. Nunca se le vio presumir entre el electorado de haberle dado collejas al Cascos por detrás en el hemiciclo cuando este era tan puñetero, ni siquiera de algo que él tenía muy para sí, para su currículum íntimo de hombre: me refiero al piropo en voz bajita que le lanzó nada menos que Loyola de Palacio cruzándose ambos en el hemiciclo durante un debate por los presupuestos. «¡Pero qué rico estás Jesús Caldera!», le soltó la entonces ministra. No se sabe si fue sincero o si fue para ponerle nervioso, pero Caldera estuvo unos días dándole vueltas y más vueltas. Ni siquiera se lo contó a su señora, porque no quería movidas entre mujeres, que con estas cosas se ponen muy inquietas. Y ni mucho menos se le vio presumir de algo que para muchos hubiera sido un farde de por vida: el haberle pasado el papel higiénico a Felipe González, al mismísimo presidente, cuando todavía lo era, un día en que por lo visto le dio un apretón temeroso a medio Congreso por comerse las ciruelas claudias que la Asociación de Cirueleros de España (ACIES) había derramado a las puertas de las Cortes reivindicando subida de precios, bajada de aranceles o cosas así. Los muy jodidos de los diputados en lugar de avisar a los de la limpieza, como si fueran jubilados cuando se derrama la carga de un camión, se las metieron para dentro del Congreso y, con el consenso de todos los grupos políticos, se las comieron en los despachos de cada una de las portavocías en una acción que se interpretó como una postura de fuerza frente a los sindicatos agrarios. Y el resultado fue el que fue: medio Congreso suelto del vientre. Pero vamos, suelto-suelto. A algunos, por lo visto, es que ya no les quedaba nada para echar. Bueno, pues en esta coyuntura coincidieron en idéntica postura González y Caldera, Felipe y Jesús, con la misma fatiga, la misma palidez en la faz, el mismo no poder levantarse de allí porque siempre había algo más para echar, separados solo con un tabique por medio, oyendo el uno lo del otro,

solidarios, pero Felipe sin papel higiénico suficiente y Caldera con un rollo recién estrenado dispuesto a compartir. Media humanidad hubiéramos presumido de haberle pasado el papel del váter a todo un Felipe González en un momento tan crítico. El caso es que a Caldera nunca se le vio presumir de este detalle para la Historia, ni su señora, que se sepa, lo contó en la peluquería, ni sus hijas a las amigas en el colegio para hacerse las más. Todo se llevó con discreción, pero con dicha interior, como lo hace la gente sencilla.

El Sr. Segade padre obtuvo respuesta a sus cavilaciones cuando aquel sábado por la mañana Caldera y señora fueron de vinos por La Alquitara y el 12 & 23. No andaré con más rodeos literarios: la gente empezó a tomar posiciones para trepar a propósito de que Caldera iba a salir más en la tele que los fulanos esos del *Gran Hermano*. Qué cosa será y tendrá el ser humano que pierde el culo en cuanto ve un resquicio de posibilidad de arañar algo para sí. Lo voy a contar no por herir a nadie, que no quiero, solo para dejar constancia sociológica de que el ser humano no es perfecto ni de cerca y ese cuento de la perfección a imagen y semejanza del creador o se lo van quitando los curas del sermón o aquí se le van a marchar muchos adeptos.

Vamos con ello. La ascensión de Caldera, como digo, había provocado esa cierta hipertensión que entra cuando uno no quiere seguir siendo un don nadie de por vida y hay una cierta posibilidad de ser un don algo. Gentes de lo más normal hasta ese momento se convierten en jugosos pelotas, saludos normales desde lejos se convierten en sonrisas *profiden* y hasta algunos, que no tenían otra razón, abordan al personaje de éxito para decirle que si se acuerdan de un día que le regalaron una canica cristalera en el patio de atrás de los Salesianos, cuando aún no se había ni fundado el mundo. Así las cosas, cada cual estuvo preparado para cuando apareciera

Caldera a tomarse unos vinos. Y aquí hay que hablar de Javi Paso. Buena gente él donde los haya, pero ambicioso. Sí, señor, ambicioso. ¿Quién lo diría, eh? Como muchos. Que nadie es perfecto. Con la ascensión de Caldera ya se veía Javi Paso de jefe de camareros en el Congreso de los Diputados cuando el Zapatero ganara las próximas elecciones y Caldera fuera, como mínimo, el presidente de la Cámara, aunque ya se le veía diciéndole al presidente de los Estados Unidos lo que tenía que hacer, al estilo de cuando se lo dijo el Aznar con no sé qué cosa importante, una guerra o algo así y dicen que obedeció a Bush como un bendito. Y también Fidel y Putin y Blair. Ya se veía Javi dirigiendo la barra del bar del Congreso, vestido diferente de sus subalternos, de etiqueta, por supuesto, enhiesto y profesional, cuidando hasta el más mínimo detalle para que sus señorías no pasaran privaciones. Ya se veía Javi reservándose personalmente las atenciones de determinados diputados y ministros de más postín, dejando para sus subordinados a las señorías con poco renombre, por ejemplo, las de Soria, de Cuenca, de Ciudad Real, de Jaén, de Huelva, de Melilla o de Lugo. Ya se veía movilizándolo a sus subordinados a la orden de: «¡Vamos!, ¡no me has oído?, unas croquetas para el Sr. Cascos»; «¡A ver esos boquerones en vinagre para el Sr. Mayor Oreja!»; «Sr. Borrell, tenemos hoy unas revolconas que se va a cagar usted las patas abajo»; «¿Qué me va a tomar Sr. González?, don Felipe»; «¿Me ha dicho usted un tinto gas y un pinchito de morcilla, Sr. Guerra?»; «A ver, señora Almeida, doña Cristina, ¿la Coca-Cola se la pongo *light*, verdad?»; «¿Me tomaría usted otra *fantita* de naranja, Sr. Rato? Invita la casa»; «Sra. Tocino, les ha invitado el Sr. Rajoy». Ya se veía Javi también una noche a las tantas, con ganas de irse a casa, pero aguantando y esperando a ver si iban de una vez a su casa el Anguita y el Frutos, a claretes con gas desde las tres de la tarde diciéndose el uno al otro: «Ge te digo ge no, Pago»;

«Bueno, pues lo ge tú digas, Julito, gabezón, ge eres un gabezón»; «A ver, caballero —dirigiéndose a Javi—, odra gopita y digabe lo ge se debe». En fin, anécdotas que se tenían que dar con el tiempo.

Pero hay que decirlo todo, porque de lo contrario parecerá que Javi Paso es el único ambicioso de este mundo y hay muchos más que acudieron como moscas a la miel. Voy a señalar algunos otros para que quede demostrado que la ambición no es otra cosa que un factor humano más.

No sé qué vio el sector de la hostelería en la ascensión de Caldera pero hubo más sueños al respecto. Ahí estaban también al loro Chema Diu y su Carmen. Ya se veía ella con la concesión del menú del día del Congreso, tomándole nota en una libreta de propaganda de Ponche Soto a sus señorías. «De primero tenemos un calderillito bejarano muy rico, Sr. Rajoy, don Mariano. De segundo, a elegir, croquetas caseras, bacalao frito o tortilla de chorizo. De postre tocino de cielo, arroz con leche casero o fruta del tiempo, manzana, pera o melocotón. *Usté* me dirá, caballero señoría». Seguramente lo habían hablado el matrimonio, en privado, porque Chema se veía con la concesión de las bebidas y el picoteo por el hemicycleo, transitando entre los diputados con un recipiente sujeto a la cintura, como en los toros, al grito de: «¡Hay helados, hay Fanta de naranja y de limón, patatas fritas, pepito de ternera, bocadillos de beicon, morcilla de sangre, aceitunas, aloque, Pepsi-Cola, batido de vainilla, chucherías!».

Después de todo creo que alguna justificación tenía que Javi, Carmen o Chema soñaran con un ascenso de categoría así, porque Caldera iba por sus bares lo sábados y algo les tendría que caer cuando llegara al poder. Otros la verdad es que forzaron los argumentos para arañar algo. Luis, el médico, pongamos por caso. Luis soñaba en silencio esperando que Caldera se acordara de que jugaron juntos de infantiles en un equipo de fútbol que se llamaba el Monterrey, unos cuantos años antes de Cristo. Luis

se veía de médico del Congreso, con su despachito, su sala de curas, su enfermera y su fonendoscopio colgado. Y se veía poniéndole inyecciones a sus señorías: «Me pone usted el trasero en pompa, Sr. Anasagasti. Pero cuidado no se me *despeluje*»; «Sra. Almeida, ¿se me va quitando la faja, que le voy a poner tres miligramos de tal?», «A ver, Sra. Tocino, me afloje usted el glúteo»... ¿Y qué me dicen de Edu Izcaray, tan sencillo, tan a su aire siempre? Pues nada, otro ambicioso como Javi Paso o más. Se veía de jefe de mantenimiento de los leones de las Cortes, enhiesto, trajeado, con bigote, dando órdenes a una cuadrilla de operarios a la voz de: «Quiero la melena de ese león reluciente como un espejo. Así que, venga, Benítez, espabilando, que es *pa* hoy. Hala, venga-venga, vamos-vamos».

La gente es como es ante estas situaciones. Hay cosas que no tienen suficiente explicación. Lo de todos estos anteriores es hasta cierto punto normal, pero lo de José Antonio Paso es mucho más inexplicable. A saber. Para sus adentros José Antonio se veía jefe del Gabinete de Aeróbic para sus señorías, algo que por lo visto estaría en el programa electoral de reformas del Zapatero y que Caldera le había filtrado a J. Antonio tomando unas cañas en el Colmao. Mal hecho, porque desató su ambición. Lo que habían sido las pasiones de su vida: la escritura, la edición de libros y tal pasaron a segundo plano. Así, desde luego, no le darían nunca la capa en Béjar y se lo acabarían dando todo dos veces a Gonzalo Santonja. A lo que iba, José Antonio se veía vestido de aeróbico a las nueve de la mañana, al frente de una legión de sus señorías en mallas al grito de: «Y una y dos y tres. Palmada. Hacía adelante, un, dos, tres. Esos brazos arriba, Sr. Trillo. Aaaaarriiba las caderas, Sr. Almunia. No me sea tan patoso, Sr. Rajoy. Sr. Rubalcaba, déjeme de hacer el payaso. Un, dos, tres. Repetimos. Y uno y dos y tres...». Y es que este muchacho, José Antonio, nunca dejará de

sorprendernos con sus decisiones. Pero en fin cada uno es cada cual. Si él quería ser eso, pues allá.

Bueno, pues así, con estas ambiciones un ciento de bejaranos. Y es que se esperaba de Caldera que cuando llegara a la cima se acordara de los bejaranos. Así que todos hemos empezado a investigar en nosotros mismos algún detalle hacia él o con él del pasado. Algo que Caldera pueda recordar para ver si en breve le podemos llamar a casa una noche y preguntarle cómo va lo nuestro, si se arregla ya o todavía hay que esperar. Y sus detractores, pues eso, que si «¿no pensarás que aquello iba en serio? Por favor, Jesús, no me fastidies que estaba de broma y tú lo sabes». En fin, como vengo diciendo: cosas del factor humano y a tomar por saco.

CONATO DE ESCARNIO
EN LA ALQUITARA
(Y FIN)

CADA FIN DE SEMANA que pasaban en Béjar, venidos desde la compleja ciudad donde vivían, el escritorcillo del *Béjar Información*, su señora y su hijo tenían por costumbre pasarse el sábado al mediodía por el 12 & 23 y después por La Alquitara. La verdad es que si por la noche está siempre la cosa como íntima, como cercana y como muy bien, al mediodía tiene otro sabor complementario, ni mejor ni peor pero igual de intenso. No iban solo porque el hijo del escritorcillo se le hubiera aficionado a las patatas de la abuela del 12 & 23 o a los emparedados y las croquetas de La Alquitara, no era solo por eso, iban también porque el matrimonio tenía sus razones técnicas y sentimentales. En fin, a cada cual le da por su cosa y a esta familia le daba por esto; y como no era malo, lo repetían cada vez que venían. Y si de paso a él le entraba la inspiración y podía luego escribir de algo, pues todavía mejor.

Ingenuo de él, del escritorcillo, no notó que Carmen, la señora de Chema Diu, le servía las revolconas con una sonrisa que no era la de siempre. En eso se notaba que el escritorcillo es un escritor de provincias, porque los buenos son, además de escritores, detectives, psicólogos, adivinadores, arqueólogos de la sociología y muchas cosas más. Son capaces de leer en las miradas, en las sonrisas, en los tonos de voz e incluso en cómo pinchan —con qué denuedo o con qué desgana— el tenedor en el centro de las revolconas cuando te sirven esa tapa. El escritorcillo nada,

nada de nada. El caso es que Carmen le sonrió temblándole un lunar que tiene por la cara y él, en detalle tan sutil, no se enteró de que aquello guardaba un misterio.

Cuando Javi Paso les puso el primer tinto al matrimonio, miró al chaval y frunciendo apenas el hocico pensó que un niño de nueve años no debiera ver lo que se le avecinaba a su padre. Pero aquello no tenía ya vuelta de hoja. El sofisticado diseño de la venganza planeada en conciencia por Javi Paso, con su temperamento de hielo para estas situaciones, le hacía pasar con indiferencia por encima del desgarró en el corazón de un niño presenciando la tortura —como mínimo la tortura— de su padre. Cuando el escritorcillo quiso procesar aquel encadenamiento de miradas cómplices entre la gente que estaba en ese momento en el bar, ya era tarde, ya había atrancado Miguel Paso la puerta por si acaso y las juntas en las ventanas estaban dadas de silicona. No dio tiempo a nada. Su señora se le abrazó por la cintura y el niño le saltó a los brazos. Parecían la Sagrada Familia. Eduardo Izcaray, que estaba —mejor dicho, que parecía estar— apaciblemente tomándose su vermú en la mesa del rincón, empezó a quitarse los pantalones y luego el jersey. En medio minuto estuvo en tanga atigrado muy justito y en camisa hawaiana con nudo en la zona del ombligo. Sin dejar de mirar al escritorcillo se colocó un parche en un ojo y de la funda de una guitarra que había a su lado, en apariencia olvidada, sacó un hacha de doble filo curvo, de esas que llevan los verdugos cuando le van a cortar el cuello a un tío. Mojó un dedo en saliva y mirando con fijeza al escritorcillo lo pasó por el larguísimo semicírculo del filo. Un destello cegó la vista de pobre cronista y su garganta de forma inconsciente tragó saliva o algo más porque tenía un catarro de pectoral de cuidado. Aferrado al cuello, el niño no quiso ver más. Por su mente infantil, tan pequeña pero ya tan consecuenta, pasó la idea de que se iban a cargar a

su padre allí mismo y él acabaría el próximo curso en un colegio de enseñanza privada subvencionado. Y tendría que ir a la catequesis y tomaría la primera comunión y saldría el día del Corpus vestido de almirante con los demás, flanqueando a los hombres del musgo.

«Bueno, bueno y bueno», dijo Javi P. mientras iba sacando de un cajón una colección de deslumbrantes cuchillos de carnicero y los iba depositando en la barra tras comprobar con mirada de ejecutor la finura del filo. El niño se aferró aún más al cuello de su padre. Se veía la pobre criatura —era otra posibilidad— no solo en la enseñanza privada, sino además en un seminario diocesano haciendo la ESO, subvencionado por alguna congregación de señoras-bien de esas que hacen favores impagables a gentes con poco. En esto sonó un aporreo de la puerta y alguien salió a abrir. En toda la vida olvidaría aquella criatura la escena de ver aparecer, enfundados en cuero negro y gafas de cristal bicolor del mercadillo, a Chema Diu y a su Carmen, poniendo esta en marcha una motosierra y acelerándola erecta: rum-rum-ruuummm. «¿Cómo vamos, Javi?». «Empezando», exclamó Javi complacido, mientras se echaba al pico de un trago una copa de Veterano como un tío duro. Asustaba ver a Carmen así.

Al fondo de la barra, apartado, entretenido, como ajeno a todo, muy a lo suyo, Luis, el médico, levantaba una mano y en ella una jeringa de cristal reluciente con ese gesto habitual que tienen los practicantes de soltar una gota por la punta antes de clavárnosla en el culo. Y a su lado, sobre el mostrador, un recipiente de cristal en el que se leía: «*The letal injection to human execution to lent agonie. Product exclusive of USA*». Manda narices.

Ten amigos para esto, a saber: agazapado por allí, de pronto irrumpió delante de aquella sagrada familia cagada de miedo Juanjo Estévez con los dedos pulgares en los bolsillos de los vaqueros, las mangas de la camisa remangadas hasta el final del brazo, palillo en la comisura y una sonrisa

traidora. «Hola, campeón, seré breve. Yo te perdono las alusiones en tus escritos si subes a la Covatilla en un coche con los emblemas del Ayuntamiento y dejas estupefacta a la masa esquiadora con un “¡Viva la creación de riqueza!”». Nuestro hombre tragó saliva. «No sé si voy a poder, Juanjo, ten piedad». Todos sabemos que del miedo se puede obtener lo que sea, las generaciones futuras así lo entenderán.

«¿Puedo cepillármelo ya?», dijo Javi P. haciendo ademán de saltar el mostrador. «Tú ahí quieto hasta que yo te diga, que eres un impulsivo», le detuvo Miguel P.

En esto volvieron a tocar a la puerta. «¡Un telegrama de Minnesota, soy el cartero!»». Eran los Rolling. «Que no podemos ir. Que por nosotros lo que hagáis con él, bien hecho está. Besos. *Ou yeah!*». Todo en inglés. Mientras firmaba Javi la recepción, se coló dentro un guardia municipal y buscó a Miguel Paso. «Que dice el alcalde que no le parece democrático lo que vais a hacerle a este pobre imbécil. Que hay que ser demócratas hasta con estos, que la democracia es la mejor vía de progreso, que hay que respetar los democráticos derechos humanos y la pluralidad democrática y la tolerancia democrática. Que por él no os la vais a cargar si os le cepilláis, pero que conviene que seáis fieles a los principios democráticos, porque la democracia es la garantía de la pluralidad y la pluralidad es la mejor garantía de la democracia. Me lo ha dicho así el alcalde, eh, a mí no me digáis nada, que me lo han hecho copiar cien veces». Miguel se quedó anonadado, le dijo al guardia con los nervios que a sus órdenes, el guardia se puso la gorra y se largó. Ahí quería yo haber visto a Caldera, enfrentándose al PP cuando a estos se les llena tanto la boca con la palabra democracia, ellos que no han expulsado todavía a las viejas glorias esas que fundaron en su día AP para no perder bola. Ahí le quería yo haber visto. Pero Caldera, no sabemos si por estupefacción, porque estaba distraído o

por si sacaba el guardia la pipa, no dijo ni pío y le podía haber mandado con las mismas un recado al alcalde. No le diría nada al guardia, pero desde ese momento se hizo el dueño de la situación. Eso sí, como aludido que era en los artículos del escritorcillo, tenía también su derecho a venganza. Nadie se la negaba. «Me basta con que digas que viva el PSOE». El escritorcillo miró a Javi y le dijo: «¿Me puedes poner una cazalla?». Se la bebió de un trago. «Ponle otras dos, Javi, que se le ve que con una no se atreve a vocalizar», dijo Caldera. Con la tercera puso un gesto de dolor, como si le hubiera arrasado las anginas a su paso. «¿A cuál PSOE me tengo que referir, al de Pablo Iglesias, al de Suresnes o al de ahora?». Jesús Caldera, que había sido una vez de una Comisión de Derechos Humanos en el Congreso y que había sido centrocampista con él de chavales en un equipo que se llamaba el Monterrey, se compadeció: «Al del 2020, *pa* que no tengas problemas de conciencia». «Bueno, vale, pues que viva el PSOE del 2020», respondió el escritorcillo

Sonó el estallido del casco de una Fanta de litro. Empuñando el resto, Javi P. hizo ademán de saltar el mostrador. «¡Ahí voy, *apartarse*, me toca!». El escritorcillo sintió una sensación sólido-térmica en la parte dorsal del slip verde de nailon que llevaba. «Javi, ¿qué te he dicho?», volvió a contenerle Miguel. Jota Pe obedeció. (Algunas veces u obedeces o te pueden echar del trabajo.)

Como el único que parecía sensato allí era Miguel (bueno, y también el padre de Alberto Segade) y con las ganas que le estaba viendo a la mujer de Chema Diu y, sobre todo, a su hermano Javi, salido completamente de sus casillas, decidió mediar para que no corriera la sangre. «¿Por qué lo hiciste, qué te habíamos hecho para que escribieras todos los sábados de nosotros, so merluzo?». «Porque os aprecio, coño, que no os enteráis de nada. Yo no escribo así de cualquiera». Tuvieron que sujetar a Jota Pe de

nuevo, había arrancado el botellón de aguardiente de hierbas y le iba a dar con él en la cabeza. «¡Javi, ¿a que te castigo?!», volvió a inquirirle Miguel. Aquel muchacho necesitaba tratamiento y Luis, el médico, allí viéndolo y como si nada. «¿Con que nos aprecias, eh? Y lo de esos dos o tres impresentables fantoches de los que escribiste también. ¿A esos también los quieres?». «Esos me revuelven las tripas —bajó la voz y se le acercó al oído—, son enfermedades del factor humano. Incurables, majo». «Pues puede ser», se tranquilizó Miguel. «Que sepáis que lo escribí también porque estaba harto de hablar en serio para nada, porque creía que escribir en serio cambia las cosas», irrumpió la señora del escritorcillo. «Tú a callar», le dijo él. Pero, ¡ja!, las hemos dado campo y ya no se calla ninguna, dicen que no se callan y no se callan. Esto también lo ha traído la democracia y los socialistas. Así que la muchacha lo largó todo. Que si su marido se había cansado de tomarse en serio la cosa y sufrir y había optado por la coña social a ver qué tal le iba, que si J. Antonio Paso le había animado a ello y, sobre todo, que los personajes de su marido, los de buen rollo, eran gente entrañable para él, aunque a algunos aún no se lo hubiera demostrado. Javi Paso que estaba amordazado con la bayeta *spontex* amarilla de limpiar el mostrador, quiso decir algo de nuevo violentamente al oír esto último. Fue la gota que colmó el vaso para Miguel. «¡¡¡Javi, al almacén ahora mismo, hasta nueva orden. *Castigao*, hala!!! Obediente e incomprensido, sin quitarse la *spontex* de la boca, Javi caminó hacia el almacén y cerró, no sin antes dedicarle una mirada profunda al escritorcillo y pasarse con rapidez en dedo índice por el cuello.

El escritorcillo pidió la palabra. «Tú y yo ya hablaremos en casa —le dijo a su señora—. Quisiera también decir que yo tengo ganas de currar a dos de los presentes». El padre de Alberto Segade levantó el bastón en actitud de *prevengan*. «A Pipe Comendador y a Cesar Yuste». La cosa

pareció interesar a los presentes. «Propongo darle un escarmiento a estos dos por cambiarme el título de un artículo sin mi consentimiento, poniendo “Santos, el nacionalista bejarano: Avanzando hacia la construcción de España”, en lugar de “Santos...: Avanzando hacia la construcción nacional bejarana” Porque digo yo que qué coño tendrá que ver y quien les mandaría a ellos». «Cúrralos también por las faltas», apostilló J. Antonio Paso, que andaba un poco quemado por esta cosa. Pues dicho y hecho. Cobraron los dos. Lo que parecía un escarnio para el escritorcillo se convirtió en su consagración como verdugo. Así son las cosas. Sentado en una silla fue recibiendo primero a uno y luego al otro, los dos con el culo al aire, como niños de los cincuenta antes de la azotaina. Se le tumbaron en las piernas con los culillos en el sitio exacto para la mano. Ya no era por los cachetes, que bien se merecían, era básicamente el espectáculo de aquellos dos culos de un metro cúbico cada uno, blancos como la nieve, solo perturbada, aquella color, por unas decenas de granillos rojos bien repartidos, como de haberle hecho daño unos mejillones, pero crónicos. Tan triste le pareció al escritorcillo aquello que no los tocó, aunque la historia dirá algún día si fue clemencia o es que no quiso poner allí la mano. El respetable interpretó clemencia y ante ello el padre de Alberto Segade, levantó la garrota y dijo: «¡Unos verdejos, que pago yo!». Y como era el mayor hubo que bebérselos. Bien buenos que estaban. (Adiós.)

Colección Alquitara Littera, 3

© J. Francisco Fabián

Alquitara Ediciones

c/ Gerona, 10 37700 Béjar

<http://alquitaraediciones.wordpress.com>

alquitaraediciones@yahoo.es

1.^a edición, diciembre 2020